

El futuro de la igualdad

en América Latina
y el Caribe

ENSAYOS BREVES



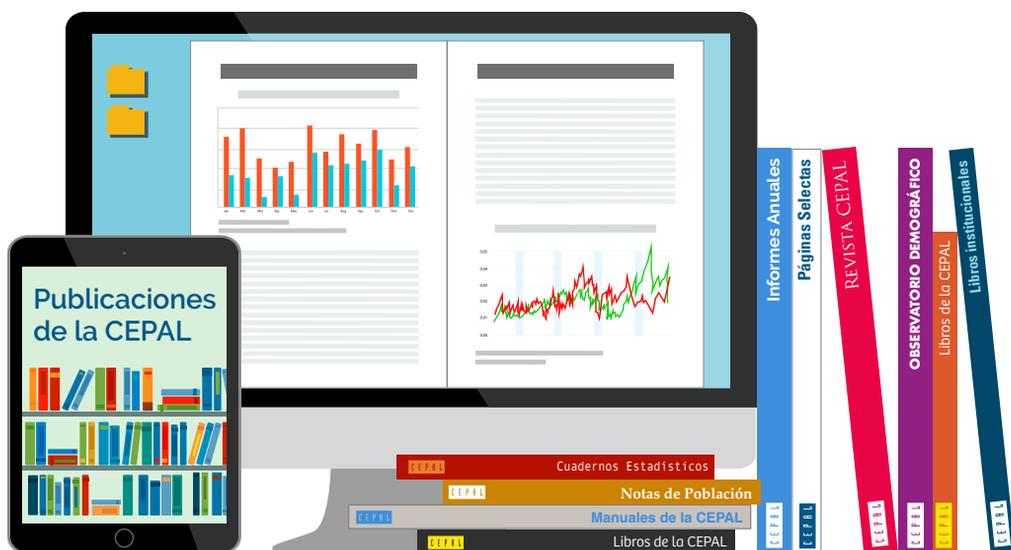
NACIONES UNIDAS

CEPAL



POR UN DESARROLLO
SOSTENIBLE CON IGUALDAD

Gracias por su interés en esta publicación de la CEPAL



Si desea recibir información oportuna sobre nuestros productos editoriales y actividades, le invitamos a registrarse. Podrá definir sus áreas de interés y acceder a nuestros productos en otros formatos.



www.cepal.org/es/suscripciones

El futuro de la igualdad

en América Latina
y el Caribe

ENSAYOS BREVES



Esta publicación reúne los ensayos que fueron seleccionados como ganadores y destacados con menciones honoríficas por el jurado del Concurso Internacional de Ensayo Breve: el Futuro de la Igualdad en América Latina y el Caribe, organizado por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), junto a Le Monde diplomatique edición Cono Sur y Noticias de América Latina y el Caribe (NODAL). Este concurso se realizó con motivo del septuagésimo aniversario del organismo regional de las Naciones Unidas, celebrado en 2018, y convocó a jóvenes de hasta 35 años de diversas disciplinas y profesiones.

Las opiniones expresadas en este documento, que no ha sido sometido a revisión editorial, son de exclusiva responsabilidad de los autores y pueden no coincidir con las de la Organización.

Publicación de las Naciones Unidas
LC/TS.2018/115
Distribución: L
Copyright © Naciones Unidas, 2018
Todos los derechos reservados
Impreso en Naciones Unidas, Santiago
S.18-01061

Esta publicación debe citarse como: *El futuro de la igualdad en América Latina y el Caribe: ensayos breves* (LC/TS.2018/115), Santiago, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), 2018.

La autorización para reproducir total o parcialmente esta obra debe solicitarse a la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), División de Publicaciones y Servicios Web, publicaciones.cepal@un.org. Los Estados Miembros de las Naciones Unidas y sus instituciones gubernamentales pueden reproducir esta obra sin autorización previa. Solo se les solicita que mencionen la fuente e informen a la CEPAL de tal reproducción.

Índice

Prólogo	
Alicia Bárcena	5
Inclusión educativa de verdad. Desafíos de la expansión del nivel secundario en América Latina y el Caribe	
Mariana E. Correa	7
Igualmente libres en la ciudad: sobre redes, políticas socio-industriales, y la necesidad de nuevas ideas libertarias	
Nicolás Valenzuela-Levi	13
Agencia desde la colectividad para la búsqueda de la igualdad en una sociedad desigual	
Leonel Hernández Polo	21
Feminismo populista en el siglo XXI	
Laura Ximena Iturbide	29
Igualdad: desigualdad. El credo capitalista como argumento de la derecha latinoamericana	
Cintía Mannocchi	37
¿Quo vadis, América Latina? Periferia, heterogeneidad estructural y los persistentes problemas de la (des)igualdad	
Emilia Ormaechea	45
Desigualdad y heterogeneidad sectorial. Desafíos para América Latina y el Caribe	
Fernando Rugitsky	53

Prólogo

La Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) celebra en 2018 su septuagésimo aniversario. Durante siete décadas, este organismo de las Naciones Unidas ha brindado a los países de la región, sobre la base del respeto a su autonomía soberana, apoyo pertinente, riguroso y comprometido para diseñar proyectos de desarrollo inclusivo y sostenible. A partir de 2010, en la formulación y promoción de estos proyectos, se ha puesto el énfasis en la igualdad como valor fundamental del desarrollo y como instrumento clave para impulsarlo.

En el contexto de este nuevo aniversario con acento en la igualdad, la CEPAL junto a *Le Monde diplomatique* edición Cono Sur y Noticias de América Latina y el Caribe (NODAL) convocaron a jóvenes a participar en el Concurso Internacional de Ensayo Breve: el Futuro de la Igualdad en América Latina y el Caribe.

Ochenta jóvenes, de 20 países y de una multiplicidad de disciplinas y profesiones, respondieron a este llamado presentando trabajos inéditos que aportan a la discusión sobre el futuro de la igualdad desde múltiples perspectivas y problemáticas. Un jurado conformado por expertos de las tres entidades organizadoras evaluó de modo ciego los trabajos y seleccionó dos ensayos como ganadores. También decidió conceder cinco menciones honoríficas.

Entre los reconocimientos otorgados, por un lado, tuvimos el honor de recibir en la sede de la CEPAL a los autores de los dos ensayos ganadores, quienes expusieron sus trabajos y recibieron sus distinciones frente a un auditorio colmado de académicos y funcionarios internacionales, en el marco del Taller Sustantivo y Analítico: Repensar el Desarrollo en un

Mundo en Transición, que tuvo lugar los días 27 y 28 de agosto de 2018 en Santiago. Por otro lado, *Le Monde diplomatique* edición Cono Sur publicó los dos ensayos en sus ediciones de septiembre y noviembre de este año, respectivamente. Otro importante reconocimiento es la presente publicación, en que la CEPAL reúne los siete trabajos destacados por el jurado.

Con esta compilación nuestro propósito no es solo reconocer a los autores de los ensayos seleccionados, sino también contribuir a la conversación pública, dando visibilidad a ideas y reflexiones sobre la igualdad en la región que consideramos originales, pertinentes y actuales. Los trabajos abarcan diversos aspectos de la igualdad —de medios, oportunidades, capacidades y reconocimiento— y se centran en temas diferentes, aunque todos significativos: educación, género, infraestructura urbana, estructura productiva, capacidades de agencia colectiva y dimensiones simbólicas de la desigualdad.

Desde una mirada de conjunto, estos ensayos brindan análisis perspicaces para reflexionar sobre el futuro de América Latina y el Caribe que, entendemos, contribuyen a poner la igualdad en el centro, no solo como principio ético inherente al desarrollo, sino también como medio para lograrlo.

Para concluir, expresamos nuestro profundo agradecimiento a *Le Monde diplomatique* edición Cono Sur y a NODAL por habernos acompañado en esta iniciativa y, en especial, a los 80 jóvenes que han participado en esta conmemoración aportando su labor profesional y demostrando un compromiso admirable de impronta cepalina, en que la mirada está puesta en el desarrollo sostenible de la región con la igualdad en el centro.

Alicia Bárcena

Secretaria Ejecutiva
Comisión Económica para América Latina
y el Caribe (CEPAL)

Inclusión educativa de verdad. Desafíos de la expansión del nivel secundario en América Latina y el Caribe¹

Mariana E. Correa²

Es sabido que el logro de la igualdad (en su sentido amplio y genuino) constituye en nuestras latitudes no solo un horizonte deseable, sino una deuda pendiente en materia de políticas de Estado y de cambios en la estructura social. Si bien en los últimos años en muchos países de la región se han logrado avances significativos en pos de reducir la brecha entre los que tienen más y los que tienen menos, un informe reciente elaborado por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) señala que nuestro continente sigue siendo el más desigual a nivel global.³ De este modo, la desigualdad (o las desigualdades, como argumentaré más adelante), se constituye en uno de los mayores desafíos para las legislaciones actuales de los países de la región.

Ante este panorama, en la última década los Estados han llevado adelante —en distintos grados y con diversos matices— procesos de reformas orientados a promover una educación inclusiva y de calidad desde

¹ Ensayo ganador, Concurso Internacional de Ensayo Breve: El Futuro de la Igualdad en América Latina y el Caribe.

² Licenciada y profesora en Ciencias de la Educación por la Universidad Nacional de la Pampa. Doctoranda en Ciencias de la Educación por la Universidad Nacional de Córdoba y becaria doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Argentina. profmarianacorrea@gmail.com.

³ Según este informe, la desigualdad no solo se expresa en términos económicos, sino también en clave de acceso a ciertos servicios como la educación, la salud y la nutrición, las tecnologías de la información, los bienes duraderos, entre otros (CEPAL, 2016).

un enfoque de derecho. Así, entre las principales acciones se advierte la expansión de la obligatoriedad escolar a todo el tramo de la educación secundaria a través de un incremento de la cantidad anual de días y horas de clase, la promoción de una renovación curricular del nivel, la revisión de sus objetivos y la implementación de nuevas modalidades de formación, entre otras. De este modo, la educación se erige en la región como un derecho humano y su garantía se convierte en una obligación que asumen y ratifican los Estados, a través de diversos acuerdos nacionales e internacionales (López, 2015).

Este escrito pretende contribuir a los debates actuales del futuro de la igualdad en la región a través del análisis de algunos de los desafíos que implica la inclusión educativa genuina de los y las jóvenes en nuestros contextos. Parto de la tesis de que el proceso de expansión y masificación del nivel secundario en muchos de nuestros países se dio a la par de procesos de reproducción de desigualdades ya existentes y de producción de “nuevas desigualdades”. Así, hay autores que consideran que, aunque los textos políticos de las reformas promueven la democratización del acceso a la educación para todos y para todas, en la práctica esta se traduce en una inclusión formal de los sujetos históricamente excluidos del sistema, propiciando así una “exclusión incluyente” (Gentili, 2009).

En el marco de la Teoría Social, Gonzalo Saraví (2006) señala que la antinomia inclusión-exclusión social está definida por la existencia o ausencia de vínculos sociales amplios por parte de los y las jóvenes en sus ámbitos de pertenencia. Así, la exclusión social aparece como el resultado de un proceso continuo y acumulativo a lo largo de las trayectorias biográficas de los sujetos, del debilitamiento de los lazos que los mantienen y definen como pertenecientes a una sociedad. Desde su perspectiva, las situaciones de exclusión están dadas por un quiebre de los vínculos sociales comunitarios e individuales de los sujetos con las instituciones más amplias que garantizan el acceso a bienes, servicios y espacios públicos de decisión y reconocimiento.

En tal sentido, acuerdo con quienes sostienen que la escuela, en tanto ámbito de “reconocimiento”, debe reunir los esfuerzos de distintos sectores de la sociedad para propiciar una educación adecuada a las necesidades específicas de los y las jóvenes, compensar las desigualdades y facilitar el acceso, la permanencia y los logros desde una lógica de redistribución económica y reconocimiento cultural (Fraser, 2000; Narodowski, 2008).

Las políticas definen el alcance y los límites de las estrategias de inclusión social (Haney, 2002; Schuch, 2009). Robert Castell (2004) advierte acerca de “la trampa” que suponen ciertas prácticas de integración escolar y social de los sujetos cuando el trabajo se centra en ayudar a los excluidos para

evitar así la puesta en acto de políticas preventivas e integrales o sistémicas. Considera que evaluar la idoneidad de las políticas es analizarlas desde el punto de vista de las valoraciones construidas por los sujetos destinatarios. En diálogo con estas conceptualizaciones, Valeria Llobet (2013) sostiene que es necesario revisar los modos en que los procesos de personalización, legitimación y reproducción de la exclusión social cobran relevancia en el marco de políticas destinadas a la inclusión; ya que las categorizaciones que emergen de estas tienen consecuencias en las trayectorias de los sujetos, que exceden el ámbito de la mera representación.

La exclusión educativa, por su parte y en diálogo con los planteos de los autores citados, consiste en generar en los sujetos distintos tipos de representaciones con un denominador común: la construcción de la idea de “imposibilidad”; esto es, la percepción de que todas las acciones y esfuerzos reales y potenciales que se realizan son insuficientes para mejorar sus condiciones de vida. Los grupos sociales y los sujetos ofrecen resistencia a esta interiorización destructora de la autoestima a través de diferentes estrategias de actuación y distintos grados de conciencia. En este marco, un proceso orientado a la inclusión educativa deberá proponerse como principal objetivo pedagógico, transformar la representación de imposibilidad en una representación de posibles realizables. En este punto es de destacar que las instituciones educativas constituyen un espacio privilegiado para promover procesos de inclusión social y educativa.

Las desigualdades no solo se restringen a las condiciones socioeconómicas de los sujetos, sino que involucran, de manera simultánea, otras dimensiones relacionadas con supuestos relativos al género, la etnicidad y las relaciones intergeneracionales. Se trata de procesos multidimensionales que se presentan en la vida cotidiana de los jóvenes como desigualdades categoriales (Tilly, 2005) y que impactan en sus experiencias educativas⁴. En este marco, la inclusión —en términos de construcción subjetiva— supone procesos de reconocimiento y valoración por parte de los diversos grupos de referencia de los sujetos: familia, escuela, amistades, trabajo, entre otros (Echeita, 2008), lo que conduce a sostener que la pregunta por las prácticas de inclusión y su contracara, las de la exclusión, adquieren un papel preponderante a la hora de analizar los efectos de las políticas educativas en las experiencias de los sujetos destinatarios.

⁴ Para Charles Tilly (2005) la desigualdad es un fenómeno social (no individual) que se expresa de múltiples y variadas maneras en las experiencias vitales de los sujetos. Las desigualdades categoriales son definidas como límites colectivos negociados entre redes interpersonales que producen desigualdad cuando generan ventajas de ciertos grupos por sobre otros, se trata de “desigualdades persistentes” organizadas en pares categoriales como por ejemplo el género (varón/mujer), la raza (blanco/negro), entre otras.

Según datos proporcionados por el *Informe de Seguimiento de la Educación para Todos en el Mundo* (2016), si bien es notable el crecimiento de los porcentajes de matriculación de los y las jóvenes en los sistemas de educación secundaria de América Latina y el Caribe, la tasa de culminación del segundo ciclo del nivel (última etapa) es considerada baja en comparación, por ejemplo, con la de América del Norte y Europa. Mientras la primera es del 72,7%, la segunda asciende a 96,8%⁵. De este modo, puede observarse que, pese a los esfuerzos estatales en universalizar el acceso, la permanencia y la culminación de los y las jóvenes en la escuela, el porcentaje de finalización del nivel aún debe incrementarse para alcanzar la universalización.

Acuerdo con Norberto Fernández Lamarra y Cristian Pérez Centeno (2015) en que esta problemática nos coloca ante un desafío complejo, cuyo abordaje debe incluir el tratamiento de factores como los siguientes:

- Los niveles de desigualdad y fragmentación social derivados del vaciamiento educativo de las dictaduras impuestas en la región y de las políticas neoliberales;
- los cambios en las culturas juveniles y su relación con las instituciones y procesos educativos;
- el desarrollo de nuevas tecnologías de información y comunicación y su incorporación en los procesos pedagógicos que generan nuevas formas de producción, apropiación y circulación de los contenidos escolares, pero también la potencialidad que representa como herramienta de inclusión de grupos y sectores sociales y geográficos tradicionalmente excluidos del acceso a tecnologías digitales; y
- la segmentación del sistema educativo en diferentes circuitos de naturaleza y calidad disímil, afectando particularmente a los estudiantes más desfavorecidos (Fernández Lamarra y Pérez Centeno, 2015: 11).

Estos factores, que funcionan a su vez como diagnóstico de la situación de la educación secundaria en la región, proporcionan pistas para pensar la orientación de futuras reformas educativas que apunten a una revisión de la configuración y las funciones de la escuela secundaria tradicional. En la misma línea, Daniel Feldman (2008) plantea que, aunque logren replantearse los propósitos de la escolaridad, es fundamental poner el foco

⁵ El informe, publicado por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), recupera las metas discutidas en el Foro Mundial sobre la Educación (2015) y plantea entre los principales desafíos para el 2030, la reducción de la pobreza, del hambre, la mejora de la salud, la igualdad de género, la producción y consumos sostenibles en las ciudades y el fomento de sociedades cada vez más iguales e inclusivas.

en la cuestión de los logros de aprendizaje de los sujetos si pretendemos abordar muchos de los problemas que traen aparejados los procesos de inclusión-exclusión. Feldman sostiene que lograr que los y las jóvenes permanezcan en las escuelas no debe ser visto como un logro en sí mismo, sino que los propósitos educativos deben ser más amplios y promover prácticas educativas que tiendan a la democratización de los saberes.

Así, en el intento de salir del lugar de buscar explicaciones generales al proceso de exclusión educativa (necesarias pero reiteradas), considero que debemos buscar alternativas viables para contribuir a la neutralización de las prácticas excluyentes. Michael Apple (2002) reconoce que, si bien las pedagogías críticas proporcionan aportes valiosos para la problematización de la realidad desde un punto de vista teórico y político, pocas veces resultan suficientes para la elaboración de propuestas concretas tendientes al logro de transformaciones en el ámbito de la práctica. La propuesta de Apple consiste en desarrollar movimientos tácticos, poner en duda la legitimidad de la reproducción a través del desarrollo y difusión de “políticas y prácticas alternativas, críticas, progresistas, relacionadas con el currículo, la enseñanza y la evaluación, que sean justificables y claras” (Apple, 2002: 123).

Trabajar para la inclusión educativa requiere pensar en términos de las condiciones y procesos que favorecen aprendizajes “con sentido” para todos los sujetos. Martin Hopenhayn (2015) nos insta a posicionarnos en una idea positiva de agencia juvenil. Considera que es fundamental preguntarse quiénes sufren daños, y cuáles son las diferencias en términos socioeconómicos, de género, de etnia, entre otras, que atraviesan sus vivencias.

Los esfuerzos por interrumpir las prácticas excluyentes en nuestros países requieren comenzar a pensar en la configuración de una estructura institucional flexible que contemple la pluralidad socio-cultural de los sujetos y, al mismo tiempo, constituya un sistema con capacidad de autorregularse, aprovechando experiencias particulares y conformando una organización institucional acorde a las nuevas exigencias del contexto sociopolítico más amplio. Si no se tienen en cuenta estas precauciones corremos el riesgo de realizar proyectos valiosos pero aislados, con dificultades para convertirse en alternativas genuinas para el desarrollo de procesos de inclusión en los países de la región.

Bibliografía

- Apple, M. W. (2002), *Educación como Dios manda. Mercados, niveles, religión y desigualdad*. España: Paidós Ibérica.
- CEPAL (2016), *La matriz de la desigualdad social en América Latina*. Santiago: Naciones Unidas.
- Echeita, G. (2008), *Educación para la inclusión o educación sin exclusiones*. Madrid: Narcea.
- Feldman, D. (2008), “Currículo e inclusión educativa”, en M. Krichesky (comp.), *Adolescentes e inclusión educativa. Un derecho en cuestión* (pp. 25-38). Buenos Aires: Noveduc.
- Fernández Lamarra, N. y C. Pérez Centeno (2015), “Enfrentando la desigualdad: procesos de democratización e inclusión social en la enseñanza secundaria”, *Revista Latinoamericana de Políticas y Administración de la Educación*, 2 (2), 9-16.
- Fraser, N. (2000), “¿De la redistribución al reconocimiento? Dilemas de la justicia en la era “postsocialista”, *New Left Review*.
- Gentili, P. (2009), ““Marchas y contramarchas”. El derecho a la educación y las dinámicas de exclusión incluyente en América Latina”, *Revista Iberoamericana*, 49, 19-57.
- Haney, L. (2002), *Inventing the Needy: Gender and the Politics of Welfare in Hungary*. Berkeley: University of California Press.
- Hopenhayn, M. (2015), “La juventud latinoamericana. Recuento de daños, logros y esperanzas”, en Alberto Hernández y Amalia E. Campos-Delgado (coords.), *Actores, redes y desafíos: juventudes e infancias en América Latina*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Llobet, V. (2013), “Estado, categorización social y exclusión de niños/as y jóvenes. Aportes de los debates sobre la exclusión social a los estudios de infancia y juventud”, en Llobet, V. (Ed.) *Sentidos de la exclusión social. Necesidades y prácticas en políticas sociales para la inclusión de niños, niñas y jóvenes*. Buenos Aires: Biblos. Pp. 23-50.
- López, N. (2015), *Las leyes generales de educación en América Latina. El derecho como proyecto político*. Buenos Aires: IIPE UNESCO.
- Norodowski, M. (2008), “La inclusión educativa. reflexiones y propuestas entre las teorías, las demandas y los slogans”, *Revista Electrónica Iberoamericana sobre Calidad, Eficacia y Cambio en Educación*, 6 (2), 19-26.
- Saraví, G. (2006), *De la pobreza a la exclusión. Continuidades y rupturas de la cuestión social en América Latina*, Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Schuch, P. (2009), *Práticas de justiça. Antropologia dos modos de governo da infância e juventude no contexto pós-ECA*, Porto Alegre: Editora UFRGS.
- Tilly, C. (2005), “Historical perspectives on inequality” en Mary Romero y Eric Margolis, editores, *The Blackwell Companion to Social Inequalities*. Oxford, Blackwell, pp. 15-30.
- UNESCO (2014), *Informe de Seguimiento de la Educación en el Mundo 2016. La educación a servicio de los pueblos y el planeta: creación de futuros sostenibles para todos. Enseñanza y Aprendizaje*. Santiago: UNESCO.

Igualmente libres en la ciudad: sobre redes, políticas socio-industriales, y la necesidad de nuevas ideas libertarias¹

Nicolás Valenzuela-Levi²

“Por una vida sin torniquetes”

Consigna en lienzo durante protestas contra alzas del transporte público en Sao Paulo, Brasil, enero de 2018

Corredores exclusivos de buses (BRT, por sus siglas en inglés) en Curitiba y Bogotá; teleféricos en Medellín y en La Paz; protestas de estudiantes y pensionados pidiendo rebaja del pasaje en Chile; revueltas contra el alza de tarifas en el Brasil. Es un hecho. El transporte tiene una nueva importancia en la vida de las y los latinoamericanos. La movilidad cotidiana es una nueva necesidad básica. La inmovilidad y la desconexión implican marginación social (Urry, 2012). Lo anterior se ve reflejado en el peso relativo que el ítem transporte tiene en el presupuesto de los hogares latinoamericanos. Resulta emblemático que en el Brasil —el segundo país donde los hogares destinan la mayor porción de su presupuesto en transporte en todo el mundo, solo después de Honduras (Banco Mundial 2014)—, un pequeño aumento de la tarifa de los buses incendiara las calles en 2013. Sin embargo, conflictos de este tipo no son motivados solo por la tarifa. Por ejemplo, en Santiago, durante 2007 se levantaron barricadas por la suspensión de servicios de buses en algunas zonas periféricas y, en 2011, se generaron protestas espontáneas por la baja frecuencia de buses que llevaban a trabajadores hacia sus lugares de

¹ Ensayo ganador, Concurso Internacional de Ensayo Breve: El Futuro de la Igualdad en América Latina y el Caribe.

² Arquitecto y magíster en Desarrollo Urbano por la Universidad Católica de Chile. Doctorando en Economía del Territorio, Master of Philosophy en Estudios del Desarrollo y docente de la Universidad de Cambridge, Reino Unido. nv284@cam.ac.uk.

empleo en el barrio alto. El descontento, la conflictividad, y la afectación de la legitimidad de la autoridad tiene que ver no solo con el costo de acceso, sino también con la calidad de los servicios.

Este ensayo busca abordar el futuro de la igualdad en América Latina, a partir de la nueva importancia que adquirió el gobierno de sistemas de infraestructura y servicios en red. Utilizando el ejemplo del transporte, se analiza cómo el cambio en las formas de acceder a la libertad de movimiento está teniendo impactos en la legitimidad democrática de los gobiernos.

Libertad de movimiento

Las sociedades latinoamericanas han establecido una relación particular con el transporte, distinta a la de otras regiones del mundo. Podemos mencionar al menos tres razones. En primer lugar, casi la totalidad de su población migró ya a las ciudades, haciéndolo en un contexto de apertura comercial que implicó la posibilidad de importación masiva de automóviles con demanda financiada por un inédito acceso a endeudamiento personal (Figueroa, 2005). En segundo lugar, en América Latina lo anterior sucedió en un contexto en el que no existía infraestructura de transporte público complementaria a la automovilidad motorizada. Países como los europeos, en cambio, tenían altos niveles de urbanización de la población y desarrollaron sistemas de transporte masivo mucho antes de la apertura comercial y desregulación de la década del ochenta, con su disponibilidad de automóviles baratos. En tercer lugar, todo lo anterior ocurrió en un contexto latinoamericano de grandes niveles de desigualdad de riqueza e ingresos. Al comenzar el milenio, las ciudades de la región pasaron a contar con una concentración de automóviles en los hogares de ingresos altos, y un gran uso del transporte informal entre sectores medios y bajos. Hoy, América Latina y el Caribe exhibe una particular relación entre desigualdad de ingresos y gasto en transporte a nivel de hogares. La región es la más desigual del planeta, y en la que, en promedio, se gasta más en transporte.

Nos hemos acostumbrado a hablar de esta manera de la desigualdad de ingresos en América Latina. Sin embargo, poco reparamos en por qué nos interesa la distribución de la renta. Pobreza y desigualdad de ingresos ilustran la importancia que le otorgamos a la disponibilidad de dinero. En intentos relativamente recientes de definir el progreso deseable, como la idea de “desarrollo como libertad” de Amartya Sen (1999) se mantiene esta idea. A esta dirección apunta el “enfoque de las capacidades”, en las que el dinero es parte de las condiciones que, en teoría, nos permitirían el acceso a poder tomar un rango básico de decisiones libremente. La medida de mayor

relevancia internacional que ha incorporado estas nociones es el Índice de Desarrollo Humano, de las Naciones Unidas. En este indicador, el ingreso se complementa con otras variables correlacionadas, como es el caso de expectativa de vida y escolaridad.

Poco reparamos, sin embargo, en esa idea de libertad detrás de la pobreza o el desarrollo humano. Medidas de ingresos, salud o educación dan cuenta de supuestas condiciones necesarias para poder ejercer una libertad hipotética, pero no computan el ejercicio de esa libertad en sí. Esta constatación debiese llamarnos la atención al tomar en cuenta lo descrito más arriba en relación a la particularidad de América Latina. En nuestras sociedades urbanas, la libertad de acción no es sólo estar también a salvo de la agresión arbitraria de otros, y ser libres de elegir en los “mercados” —instancias abstractas que parecieran no tener lugar o geografía concretos—. En las grandes ciudades, la mayor parte de las interacciones relacionadas con trabajar, estudiar, comprar, cuidar la salud, hacer deporte, visitar amigos, enamorarse, distraerse, organizarse, protestar, hacer política, requieren libertad de movimiento. Y esa libertad de movimiento no tiene que ver con la lectura libertaria clásica respecto a que la autoridad no nos impida el paso, sino va mucho más allá. Implica que esa misma autoridad nos ayude a ser móviles y se preocupe por nuestra vulnerabilidad de quedar inmóviles, desconectados, aislados.

Por lo tanto, nuestros viajes diarios son una medida de parte importante del ejercicio de la libertad en sí. En este sentido, existen nuevos datos que permiten que las comunidades urbanas se miren a sí mismas. Durante el siglo XX, la discusión sobre la pobreza y la desigualdad de ingresos fue posible gracias a datos de censos o encuestas de hogares. Al final del siglo, proliferado las Encuestas Origen-Destino (EOD), que producen datos necesarios para la creciente necesidad de gobernar el transporte de las ciudades (Díaz Olvera y otros, 2008). Por ahora, las EOD tienden a concentrar mediciones recientes, realizadas sólo en las principales aglomeraciones urbanas. Sin embargo, representan la emergencia de nuevos datos. Precisamente, una de las cosas que miden las EOD son los viajes diarios realizados por las personas en los distintos sectores del mapa de cada ciudad. Como definición de viaje se incluyen los desplazamientos cortos a pie, por lo que prácticamente se considera cada salida de la casa propia.

En cuanto a los viajes diarios, las EOD muestran diferencias relevantes entre clases sociales, las cuales se localizan de manera segregada en las ciudades latinoamericanas. Por ejemplo, en Santiago, sabemos que, para variar, existe una polarización en cuanto a movilidad e inmovilidad. En el sector Oriente, el más rico de la ciudad, la media de viajes diarios durante la semana de trabajo es 3,7 mientras que en la periferia pobre es 2,4 (Secretaría

de Transporte 2015: 15). Si los viajes al trabajo tienden a ser al menos dos al día, quiere decir que, probablemente, los habitantes de los sectores ricos de la ciudad viven una vida en la que ejercen su “tiempo propio” por fuera de aquel que destinan a generar ingresos. En cambio, el uso de la ciudad por parte de los habitantes de la periferia pobre es la de lugar de paso para trabajar. Ese momento tarda horas al día, y, tal como lo describió recientemente el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, es un espacio en que las personas asocian a un momento de maltrato y humillación (PNUD, 2017). Ese tiempo y ese padecimiento, por el cual, además, se paga, son para muchos una mezcla entre impuesto y castigo por el trabajo. Como señala el PNUD, lo anterior se acentúa si se es mujer o se sufre de alguna discapacidad. Adicionalmente, esas horas que los pobres entregan por acceder al trabajo tienen impacto en el espacio público de sus barrios de residencia. Dichos barrios pierden ese tiempo de sus moradores, que los podría volver lugares vibrantes, productivos y seguros.

En el futuro, tal como ya ocurrió con los BRT y teleféricos, necesariamente viviremos un proceso de modernización para cubrir necesidades no satisfechas. Este proceso ocurrirá en paralelo a la adopción y difusión de nuevas tecnologías a nivel global, como, por ejemplo, las que tienen que ver con automatización e inteligencia artificial. Tal como lo ha señalado Harari (2016), los algoritmos que articulan estos nuevos paradigmas tecnológicos promueven al extremo la importancia de la generación y gestión de nuevos datos, al punto de adquirir estos un nivel de importancia de culto, al que este autor denomina “datoísmo”. Sobre la base de nuevas redes de infraestructura, nuestra vida diaria será cada vez más registrada y coordinada a través de estos datos.

Las EOD comienzan a hacer aparecer los datos de nuevos censos y mapas de la libertad de movimiento. Estas encuestas surgen antes de la digitalización de la mayor parte de los sistemas de control y coordinación de infraestructuras. En el futuro, en vez de levantar datos cada varios años mediante una EOD, el volumen de estos pasará a ser gigantesco, y su periodicidad permanente. Muchos de estos datos ya existen, pero no están necesariamente siendo gestionados. Nuestro ejercicio de la libertad de movimiento, y, por lo tanto, una parte relevante de nuestra libertad de acción, quedará registrado de manera cada vez más nítida. Ya no se trata de las condiciones para un ejercicio hipotético de la libertad. Nuestro ejercicio de la libertad en sí está quedando trazado, mapeado, medido. Y una parte fundamental de ese ejercicio depende de la presencia y efectividad de los gobiernos.

Políticas socio-industriales

Los esfuerzos de los gobiernos para contar con EOD reflejan que en ellos hay cada vez más conciencia de que los sistemas de transporte son una responsabilidad gubernamental. Por un lado, casos como los BRT y teleféricos en Curitiba, Bogotá, Medellín o La Paz demuestran cómo algunos políticos intentan responder a esta necesidad de una manera proactiva, sea motivados de manera oportunista o no, y con distintos niveles de efectividad técnica. Por otro lado, la necesidad de contrarrestar la “retirada” del Estado en los sistemas de transporte urbano, propia del neoliberalismo de la década del ochenta, ha traído fuertes conflictos con los “pequeños empresarios del transporte”, como ocurrió más notoriamente en Santiago con los choferes de “micros” en 2002, o los transportistas de La Paz en 2011. La complejidad política y social del transporte se configura no solo como una relación entre usuarios y el gobierno, sino también como un espacio de informalidad y fuente de trabajo.

En América Latina, la creciente importancia de gobernar sistemas de infraestructura básica no es un problema solucionable a través del concepto tradicional de gestión de servicios. La necesidad de regular, planificar, incorporar innovación tecnológica permanente, coexiste con el paradigma de las “personas como infraestructura” (Doherty 2017). Se trata de espacios de informalidad y precariedad en la que grupos vulnerables de la población encuentran su sustento en actividades que surgen entre la pasividad del Estado, oportunidades de negocio asociadas a la globalización, y la evolución de las necesidades y deseos de las inéditas masas de ciudadanas y ciudadanos urbanos. Tal es el caso del transporte, incluido recientemente Uber; otro ejemplo son los recicladores informales.

Gobernar en estas condiciones va mezclando plataformas de servicios públicos, definición de derechos, tejidos socio-productivos, y diseño de política industrial en la que el Estado debe definir las condiciones institucionales de algunos mercados. Una misma política de gobierno, en este sentido, es por un lado política social que define estatus, derechos y distribución de oportunidades, y por otro lado política industrial que debe conseguir la productividad necesaria para ampliar acceso a servicios, sostener su calidad, y permitir que éstos incorporen innovación a lo largo del tiempo. El nuevo gobierno de las ciudades de basa en políticas que podemos denominar socio-industriales (Harrington 1967).

Es necesario construir un nuevo paradigma, puesto que estos cuatro ámbitos que conviven –plataforma de servicios, derechos, tejido socio-productivo, política industrial– implican, hasta ahora, marcos conceptuales que no necesariamente dialogan entre sí. La plataforma de servicios suele

ser ámbito de profesionales de la administración; los derechos un ámbito judicializado o propio de un activismo reivindicativo lejano a la idea de gestión; el tejido socio-productivo un ámbito generalmente abandonado por las políticas públicas, pero rico en participación de sectores al mismo tiempo emergentes y vulnerables, donde la informalidad y la idea de “emprendimiento” tienen fuerza; la política industrial suele ser descartada por la ortodoxia neoliberal, tender a copiar modelos externos a lo *Silicon Valley*, o ser pensados sólo desde arriba por tecnócratas.

Se necesitan nuevas ideas libertarias

En resumen, es necesario desarrollar un nuevo paradigma de políticas socio-industriales si es que se quiere lograr una distribución justa de una libertad que depende de infraestructuras y de servicios en red. Sobre la base de lo anterior, podemos hacer un comentario político. Si es que consideramos la forma de producción de la libertad en ámbitos como la movilidad, tal como hemos revisado hasta ahora, se deben cuestionar algunos principios que tienden a ser asumidos por corrientes de pensamiento libertarias, tanto en la élite tecnocrática como en la resistencia “basista”.

Denominaremos como “libertaria tecnocrática” a la tradición liberal ya mencionada, ejemplificada por Amartya Sen, puesto que es enarbolada principalmente por economistas. El ejercicio de la libertad en las ciudades latinoamericanas, así como en otros lugares del mundo, dependerá cada vez más de una presencia permanente del gobierno, de una manera que entrará en conflicto con las ideas libertarias tecnocráticas. Estos tecnócratas justifican la existencia del gobierno mínimo mediante un argumento derivado del *Leviatán*, de Thomas Hobbes (Chang, 2014). Este señala que debe existir alguien a quien delegar el monopolio de la violencia legítima, de manera que se pueda asegurar el derecho de propiedad. Sin la propiedad privada no existe el capitalismo, por lo que hay razones para pagar impuestos, en la medida en que haya instituciones que definan la propiedad, así como policía y ejércitos para defenderlas.

Bajo el paradigma liberal tecnocrático, el gobierno interviene de manera excepcional, cuando se requiere auxilio o restaurar el orden. Una vida urbana cada vez más dependiente de infraestructuras en red y servicios continuos, sin embargo, implica que la base de la normalidad no sea la ausencia del gobierno —idealmente ausente mientras todo esté bien—, sino todo lo contrario: la normalidad es un flujo permanente de servicios que implican monopolios públicos, como el transporte, la energía, el agua, el manejo de residuos o el espectro electromagnético. Todos estos deben ser gobernados de manera eficiente y distribuyen libertad.

En vez de una presencia discreta en nuestras vidas, el gobierno tiene una presencia continua. En este sentido, la legitimidad que otorgamos ya no es sólo respecto a la intervención excepcional, en la crisis producida cuando falla nuestra propia normalidad, sino que la legitimidad consiste ahora en fallar lo menos posible, estar siempre ahí. Hoy el gobierno pierde legitimidad y se le responsabiliza por la crisis cuando se descontinúan estos servicios que son su responsabilidad. La tradición liberal tecnocrática deberá procesar la contradicción entre esta realidad en la que se espera un gobierno siempre presente y activo en nuestra vida diaria, con su idea de un gobierno lo más ausente posible. Un mayor ejercicio de la libertad, promesa de los liberales tecnocráticos, ya no depende de la ausencia del gobierno, sino todo lo contrario: tal como nos dicen las EOD, esta debe ser coproducida por los gobiernos y las personas, porque depende de estos sistemas complejos que son monopolios gubernamentales.

También existe una contradicción con la tradición libertaria basista, de fuerte presencia en los imaginarios de quienes organizan la resistencia al orden capitalista neoliberal en América Latina. Esta tradición desconfía de la industria y de las burocracias estatales. En cuanto a la idea de autogobierno, celebra un autonomismo de base, con fuertes reminiscencias rurales. En términos de modelos implementados, el Movimiento Zapatista en Chiapas o el Estado Pluri Nacional de Bolivia son los ejemplos que más se acercan a su ideal, aunque no sin críticas. Esta tradición también celebra casos de autogestión comunitaria local.

A diferencia de la autonomía local de pequeño tamaño, los sistemas de transporte, así como otras infraestructuras y servicios en red, requieren economías de escala, y coordinación de sistemas en forma integral. Necesitan, por tanto, niveles de organización a una escala de gestión donde es muy difícil descartar la presencia de formas de especialización, división del trabajo y jerarquización que suelen asociarse a la burocratización. El nuevo proyecto libertario no es compatible con plantear aislarse como isla, como enclave, segregarse en la ciudad latinoamericana o retirarse al campo. Incluso en la meca del autonomismo indigenista, como es el caso de Bolivia, hoy un escenario emblemático como El Alto es completamente urbano. El imaginario del autonomismo rural es sólo posible para uno de cada diez latinoamericanos.

Por el contrario, la producción y la expansión de todas las formas de libertad conllevan la libertad de movimiento, la cual requiere del autogobierno de sistemas e instituciones complejas, de gran escala, que la tradición basista asocia al gobierno “desde arriba”. El desafío para la tradición libertaria basista es levantar un proyecto que permita dar un carácter emancipador, popular e innovador al gobierno de los sistemas y servicios en red de la ciudad. Para ello se requieren nuevas ideas.

Bibliografía

- Chang, H. J. (2014), *Economics: The User's Guide*, Penguin UK.
- Díaz Olvera, L., D. Plat y P. Pochet (2008), "Household transport expenditure in Sub-Saharan African cities: measurement and analysis", *Journal of Transport Geography*, 16 (1), 1–13. <http://doi.org/10.1016/j.jtrangeo.2007.04.001>.
- Doherty, J. (2017), "Life (and limb) in the fast-lane: disposable people as infrastructure in Kampala's boda boda industry", *Critical African Studies*, 9(2), 1–16. <http://doi.org/10.1080/21681392.2017.1317457>
- Figueroa, O. (2005), "Transporte urbano y globalización: Políticas y efectos en América Latina", *EURE (Santiago)*, 31 (94), 41–53. <http://doi.org/10.4067/S0250-71612005009400003>.
- Harari, Y. N. (2016), *Homo Deus*, Random House.
- Harrington, M. (1967), "The Social-Industrial complex", *Occasional Papers From the League for Industrial Democracy*, 1-16.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2017), *Desiguales. Orígenes, cambios y desafíos de la brecha social en Chile*, Santiago, Chile. 412 p.
- Secretaría de Transporte (2015), "Encuesta Origen-Destino de Viajes Santiago" (pp. 1–41), Santiago: Ministerio de Transportes de Chile.
- Sen, A. (1999), *Development as Freedom*, New York: Anchor.
- Banco Mundial (2014), *Global Consumption Database*.
- __(2017), *World Development Indicators*.
- Urry, J. (2012), "Social networks, mobile lives and social inequalities", *Journal of Transport Geography*, 21, 24–30. <http://doi.org/10.1016/j.jtrangeo.2011.10.003>.

Agencia desde la colectividad para la búsqueda de la igualdad en una sociedad desigual¹

Leonel Hernández Polo²

Introducción

América Latina se caracteriza por ser una sociedad muy desigual. Las diferencias en el ingreso económico, por ejemplo, y en el acceso a los servicios como salud, educación, cultura digital, etc. son muy profundas entre unos grupos y otros. En el caso del acceso a la educación superior, la distancia entre ricos y pobres ha marcado brechas muy profundas entre los jóvenes (UNESCO, 2013). Mientras que algunos cuentan con todas las oportunidades que su estructura social y sus condiciones le confieren, otros luchan por obtener un lugar en el sistema de educación, tanto de nivel bachillerato como de nivel superior, con muy pocas oportunidades de lograrlo dado que luchan contra una estructura que se impone a ellos.

Ya es sabido que en los países pobres, el acceso a la educación superior ha sido uno de los mecanismos para la búsqueda del ascenso social y del bienestar económico (Daudé, 2012). Si bien, la educación superior no es garantía de movilidad social, aún permanece en el imaginario colectivo que el acceso a la educación les brindará mejores oportunidades de vida.

¹ Mención honorífica, Concurso Internacional de Ensayo Breve: El Futuro de la Igualdad en América Latina y el Caribe.

² Licenciado en Pedagogía por la Universidad Pedagógica Nacional de México y magíster en Ciencias con especialidad en Investigaciones Educativas por el Centro de Investigación y de Estudios Avanzados del Instituto Politécnico Nacional, México. pololeonel2@gmail.com.

Muchos jóvenes todavía expresan ideas como “estudiar para un mejor trabajo”, “estudiar para ser alguien en la vida”, “ir a la escuela para ayudar a mis papás”, entre otras (Guerra, 2012).

Pero, de acuerdo con algunos autores (Daudé, 2012; Reygadas, 2015; Alcántara y Villa Lever, 2014) las desigualdades sociales y económicas de las familias de origen permean la consecución de este imaginario. Christian Daudé expresa que:

“...la segmentación de la matrícula entre el sistema público y privado según la situación económica del hogar puede limitar la efectividad de la educación como herramienta para fortalecer la movilidad. Si existen diferencias de calidad importantes, los estudiantes de bajos recursos no podrán acceder a los mismos conocimientos que sus pares acomodados. Tampoco se beneficiarían de interactuar con redes sociales que les permitan más opciones laborales. De esta manera, se generan brechas en el rendimiento escolar y conocimiento que luego pueden reproducir la estructura social inicial”. (Daudé, 2012, págs. 36-37).

El argumento central de este trabajo es que las desigualdades sociales existen y son, hasta cierto punto, por ahora inevitables. Sin embargo, es posible construir mecanismos para lograr la igualdad en cuanto al acceso a la educación superior y al ingreso a la estructura laboral profesional. El trabajo en redes de colaboración de individuos que se encuentran en situación de desventaja ayudará a potenciar la agencia y el empoderamiento individual para convertirlo en una agencia colectiva. La agencia, desde la colectividad, permitirá a los grupos en situación de desventaja socioeconómica superar las desventajas y lograr los propósitos que difícilmente lograrían individualmente. Es una manera de avanzar hacia la igualdad en una sociedad desigual.

Oportunidades y posiciones sociales de origen

La desigualdad social y su reproducción se han explicado, principalmente, desde posturas que sostienen que las posiciones sociales de origen influyen fuertemente en las trayectorias desiguales de los individuos. Desde este punto de vista, puede entenderse por qué algunos jóvenes pueden ingresar a universidades de prestigio y otros no:

Mientras el nivel de bienestar de los hijos siga dependiendo del origen socioeconómico de la familia, se reforzará la exclusión, o la inclusión desigual para los individuos con orígenes de pobreza. Es decir, las libertades efectivas en la sociedad en su conjunto se reducirán, y con ella, aumentarán las dificultades para que los jóvenes que provienen de hogares

desfavorecidos logren estudiar la educación superior en instituciones con calidad y prestigio. Aun cuando el medio social y de origen no debiera jugar un papel significativo en los resultados escolares, este ha sido, sin embargo, una característica de la región latinoamericana (Alcántara y Villa Lever, 2014, pág. 6).

En un estudio realizado por Blanco (2014) con jóvenes de bachillerato de la Ciudad de México, se reafirma que las principales razones por las que los jóvenes no pueden concluir el bachillerato o ingresar a la universidad están directamente relacionadas con las diferencias sociales. Los de bajos ingresos son los que tienen más dificultades.

“Existen dos grandes momentos donde se manifiesta de formas diferentes la desigualdad de oportunidades educativas. En la transición de secundaria al nivel medio superior, la probabilidad de no ingresar a este último es 7,6 veces mayor en el estrato más bajo que en el alto. La probabilidad de no finalizar dado que se ingresó es 2,9 veces superior, cifra que resulta aún más alarmante cuando se considera que los jóvenes más vulnerables que han logrado entrar posiblemente estén, en relación a su grupo de origen, positivamente seleccionados en términos académicos” (Blanco, 2014, pág. 258).

Ahora bien, estas aseveraciones pueden ser contrastadas con casos de jóvenes de origen socioeconómico muy bajo y en condiciones de desventaja que lograron ingresar a la educación superior con éxito. La idea que definiendo en este texto se originó a partir de los hallazgos de mi tesis de maestría, donde me preguntaba, ¿cómo hicieron los jóvenes de sectores rurales marginados para lograr llegar a la educación superior y convertirse en profesionistas?

Uno de los hallazgos más significativos fue que ellos pudieron acceder a la educación superior gracias a la ayuda mutua con otras personas y familiares por medio de redes. Estas redes resultan ser de diversos tipos: redes familiares, laborales, de amigos, de pareja, de familiares lejanos y de grupos de comunidades de práctica con objetivos comunes. El nodo de estas redes es el intercambio de ideas, propuestas, promesas, oportunidades laborales y de invitaciones al trabajo grupal. Los jóvenes que entrevisté provienen de familias en situaciones de desventaja socioeconómica (hijos de campesinos, amas de casa, pequeños comerciantes, madres solteras) y por sus condiciones y por su ubicación geográfica difícilmente hubieran logrado llegar a la universidad por sí solos.

Durante la investigación, traté de responder a la pregunta con base en las teorías de la agencia y del empoderamiento, que sostienen que las personas marginadas logran superar sus desventajas gracias a su capacidad de agencia, referida a las cualidades, rasgos personales o capacidades que los actores tienen para incidir en su contexto y transformar sus condiciones

(Sen, 1999; Giddens, 1983 y 2011; Ibrahim y Alkire, 2001). Sin embargo, me encontré con problemas cuando se trata de personas que no tienen un horizonte estructural y de oportunidad visible –debido a su posición social y geográfica– que desarrolle su capacidad de agencia. Muchos jóvenes no ven las oportunidades porque el contexto se los impide. Aunque cuenten con un fuerte deseo individual y tengan la disposición a la acción, esta permanecerá latente y el deseo será irrealizable.

Otro problema que surgió en el análisis proviene del enfoque estructuralista. Esta visión señala que los individuos pertenecen a grupos sociales en ciertas condiciones establecidas, y que es muy difícil que escapen a ellos. Pierre Bourdieu, con la noción de espacio social dice que “...los individuos no se desplazan al azar en el espacio social [...] porque las fuerzas que confieren su estructura a este espacio se imponen a ellos” (Bourdieu, 2012, pág. 125). También, la noción de luchas de contención de Holland y Lave (2001) sostiene que los individuos no se mueven libremente por la vida, sino que se encuentran en una lucha entre sus deseos y el contexto. Esto hace pensar que los individuos no pueden lograr sus propósitos por el simple hecho de desearlos y proponerse lograrlos, sino que tienen que luchar contra la estructura y, al final, queda una combinación constante de deseo individual y la posibilidad objetiva de acción³.

Ni la visión estructuralista, ni la teoría de la agencia ni la combinación de ambas lograron explicar el éxito de los jóvenes de mi trabajo. Cuando presenté los resultados, sólo hablé de redes como redes de intercambio recíproco (Lomnitz, [1975] 2011), como mecanismos que tienen las personas marginadas para sobrevivir y, en este caso, para lograr los propósitos profesionales y laborales por medio de redes. No obstante, ahora veo que la postura de las redes como intercambio para la superación de las desigualdades también presenta problemas:

“La desigualdad se reproduce también en las interacciones que conectan a las personas. Las regulaciones de esas interacciones son parte de lo que es propiamente lo que está referido como cultura. A pesar de que muchas interacciones son esporádicas y precarias, otras pertenecen a secuencias estructuradas y son producidas dentro de espacios colectivos que son espacios desiguales estructurados por relaciones de poder” (Reygadas, 2015, pág. 5)⁴.

³ También es de considerar la noción de *mundos figurados*, que dice que las personas ven el mundo en función del contexto que les tocó vivir y de la posición social en la que se encuentran (Holland, y otros, 1998), por lo que no solo la realidad material objetiva les limita o les expande las oportunidades, sino la misma manera subjetiva en la que las personas ven y se mueven en el mundo (identidades posicionales).

⁴ Traducción del autor.

Por ello, se necesita algo más para explicar y nombrar los procesos de las personas que sí tienen éxito y transforman sus condiciones materiales de vida a pesar de sus desventajas. La propuesta no es buscar redes de relación entre grupos desiguales, dado que las diferencias corren el riesgo de reproducirse, incluso de profundizarse. Las redes de relaciones deberán ser entre iguales, como una manera de superar las desigualdades y construir sus propias oportunidades.

La agencia desde la colectividad para superar las desigualdades

A partir de estos problemas surgió la idea de agencia en colectivo o agencia desde la colectividad. Si bien, de acuerdo con Antoni Giddens (2011), todos los individuos son agentes que poseen agencia, yo sostengo que no todos tienen la oportunidad de ejercerla de forma individual si se encuentran en una situación de marginación y de desventaja. Para Giddens:

“Ser capaz de <<obrar de otro modo>> significa ser capaz de intervenir en el mundo o de abstenerse de esa intervención, con la consecuencia de influir sobre un proceso o un estado de cosas específicos. Esto presupone que ser un agente es ser capaz de desplegar (repetidamente, en el fluir de la vida diaria) un espectro de poderes causales, incluido el poder de influir sobre el desplegado por otros. Una acción nace de la aptitud del individuo para <<producir una diferencia>> en un estado de cosas o curso de sucesos preexistentes. Un agente deja de ser tal si pierde la aptitud de <<producir una diferencia>>, o sea, de ejercer alguna clase de poder” (2011, pág. 50).

Pero ¿qué pasa si un individuo tiene la aptitud de cambiar sus condiciones y su destino objetivo, pero no tiene las condiciones que le permitan “desplegar su espectro de poderes causales”? Blanco (2014) dice que los jóvenes de estratos sociales bajos tienen una alta disposición al cambio. Entonces, si esta disposición encuentra eco con otras disposiciones de otros actores en las mismas condiciones, se dará un proceso de potenciación de esa disposición. Es decir, *la agencia latente que cada uno de ellos ya tiene, se potencia*. Esta conjetura nació a partir de testimonios de los jóvenes de mi investigación:

“Establezco algo que es muy importante para mí, que son las redes (...) Nosotros, como interventores educativos necesitamos tener una conexión entre nosotros para apoyarnos. Mi esposa es egresada de la primera generación, es LIE, de hecho, ella ya tiene la maestría en innovación educativa, y ella es la que me empieza a conectar con la gente y nos empezamos a pasar trabajo

entre nosotros. O sea, ella me consigue a mí unos espacios y yo le consigo unos espacios a otra compañera, entonces estamos... por ejemplo con Gabriel en contacto de trabajo” (Orlando, 4 de septiembre, 2013).

A su vez, una egresada de licenciatura logró obtener un puesto en el servicio profesional docente gracias al apoyo de una familiar:

“Entonces me dice mi prima: ‘¿sabes qué?, la directora me dijo que hacía falta un grupo y le hablé de ti. Es algo que sí puedes hacer, necesitas saber planear, dar una clase’. Y bueno, no sólo entré yo; entramos varios compañeros, yo tomé el grupo de tercero [de primaria], fue cuando ya llevaba tres años de haber salido de la universidad y pues tenía que conseguir trabajo, terminar mi proyecto [de tesis] y titularme. Fue temporal” (María, 16 de marzo, 2013).

En otro caso, el apoyo fue de una vecina:

“Yo salgo de la universidad y se me da la oportunidad, salgo en el 2008, salgo y en enero entro ya a trabajar allá en el Estado de México, en una escuela primaria. Se me da la oportunidad porque una maestra vecina, de allá del pueblo donde vivo [Ayala], que ya se iba a jubilar, me dijo que si le cubría su pre jubilatorio y es cuando empecé a trabajar y ya desde ahí me quedé” (Irene, 16 de marzo, 2013).

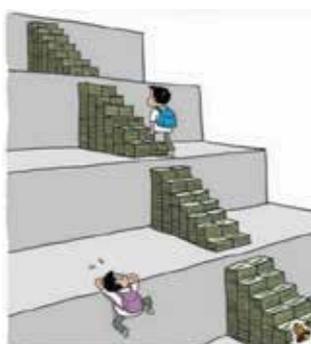
Aquí se aprecia la importancia del apoyo mutuo entre compañeros y familiares para impulsarse: “conectarse” y “conseguirse” los espacios. Este impulso es lo que puede permitir que jóvenes en situación de desventaja logren condiciones de igualdad. La ayuda entre unos y otros como una visión de la igualdad es una manera de superar las desventajas, pues se van creando las condiciones que generan las oportunidades que estructuralmente no estaban al alcance.

De vuelta a Giddens (2011), consciente o inconscientemente, intencional o no intencionalmente, todos los actores tienen agencia dado que ejercen una diferencia en el estado o curso de las cosas. No obstante, en contextos de desigualdad el concepto de agencia, como potencia y acción individual, tiene poca utilidad para superar las desigualdades. Es necesario pasar a una noción de agencia en colectivo o desde la colectividad por medio de redes.

Reflexión final

Aprovechar las redes y las relaciones de jóvenes con capital socioeconómico bajo y de sectores marginados permitirá potenciar los procesos de agencia que coadyuvará a superar sus desventajas. El concepto de agencia, como algo individual, difícilmente explica que jóvenes con desventajas lleguen a la educación superior y se conviertan en profesionistas exitosos. Es necesario ver la agencia como todo el espectro de poderes que los agentes pueden desplegar en colectivo para hacer que las cosas sucedan. Un poder importante, es la capacidad de hacer vínculos y redes que les permitan estar relacionados los unos con los otros, influir en los otros, y ser influidos por los otros.

Cierro este trabajo con una reflexión acerca de una caricatura que vi en una conferencia sobre desigualdades sociales y económicas. Era una imagen de dos chicos subiendo grandes escaleras. Uno de ellos, se apoyaba en paquetes de billetes y subía con facilidad. El otro no tenía esos paquetes y no podía llegar ni al primer piso. Así que se me ocurrió que si en vez de un solo chico, fuesen tres o cuatro o cinco, entre ellos se impulsarían. Entre todos subirían: empujarían a uno de ellos al primer piso, luego el de arriba atraería a los de abajo, luego ya están todos en primer escalón y así sucesivamente hasta llegar a la cima. La imagen es la siguiente:



Así que el siguiente paso será crear otro dibujo, donde el niño que no puede subir, esté acompañado de otros y se ayuden entre ellos a subir.

Bibliografía

- Alcántara, A y L. Villa Lever (2014), “Desigualdad social y educación superior”, *Universidades*, núm. 59, enero-marzo, 2014, pp. 4-8. México: Unión de Universidades de América Latina y el Caribe. [Consultado el 26 de enero de 2018] disponible en: <http://www.redalyc.org/pdf/373/37332547002.pdf>.
- Blanco, E. (2014), “La desigualdad social en el nivel medio superior de educación en la Ciudad de México”, *Papeles de Población*, vol. 20, núm. 80, abril-junio, 2014. México: Universidad Autónoma del Estado de México. [Consultado el 25 de enero de 2018] Disponible en: <http://www.redalyc.org/pdf/112/11231067009.pdf>.
- Bourdieu, Pierre (2012), *La distinción: criterio y bases sociales del gusto*. (Primera Edición en México. Trad. M. del Carmen Ruiz de Elvira). México: Taurus. [Original en francés, 1979].
- Daudé, Ch. (2012), “Educación, clases medias y movilidad social en América Latina” en Grynspan, R. y L. Paramio (Coords.) (2012) *Clases medias en sociedades desiguales* España: AECID – Fundación Carolina.
- Giddens, A. (2011), *La constitución de la sociedad: bases para la teoría de la estructuración*, 2a ed. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores.
- Giddens, A. (1983), *Central Problems in Social Theory: Action, Structure and Contradiction in Social Analysis*, Berkeley/Los Angeles, California: University of California Press.
- Guerra, M. I. (2012), “Recorridos escolares. Jóvenes de sectores populares y escuela: encuentros y desencuentros a lo largo de la vida”, en: Weiss, E. (coord.) (2012) *Los jóvenes y el bachillerato*. México: ANUIES.
- Holland, D. y L. Jeancomps. (2001), *History in Person: Enduring Struggles, Contentious Practice, Intimate Identities*. School of American Research Advanced Seminar Series. Santa Fe, New Mexico: School of American Research Press.
- Holland, Dorothy; William Lachicotte Jr.; Debra Skinner y Carole Cain (1998), *Identity and Agency in Cultural Worlds*, Londres: Harvard University Press.
- Ibrahim, Solava y Sabina Alkire (2007), *Agency and Empowerment: A Proposal for Internationally Comparable Indicators*. Oxford Poverty and Human Development Initiative Working Paper. Oxford: University of Oxford.
- Lomnitz, Larissa Adler de [1975] (2011), *Cómo sobreviven los marginados*. Colección Sociología y Política. México: Siglo XXI Editores.
- Reygadas, L. (2015), “The symbolic dimensión of inequalities”, *desiguALdades.net Working Paper Series* 78, Berlin: International Research Network on Interdependent Inequalities in Latin America. [Consultado el 13 de diciembre de 2017]. Disponible en: http://www.desigualdades.net/Resources/Working_Paper/WP-78-Reygadas-Online.pdf.
- SEN, Amartya (1999), *Development as Freedom*. Nueva York: Anchor Books.
- UNESCO (2013), *Situación educativa de América Latina y el Caribe. Hacia la educación de calidad para todos al 2015*, Chile: Oficina Regional de Educación para América Latina y el Caribe (OREALC/UNESCO Santiago).

Feminismo populista en el siglo XXI¹

Laura Ximena Iturbide²

Resumen

Chandra Mohanty (1984) consideró que abordar la cuestión feminista para las mujeres del tercer mundo implicaba un trabajo de desmantelamiento de los discursos del feminismo occidental y hegemónico, e inmediatamente requería un trabajo de construcción para recrear y dar voz a los procesos de emancipación que suceden invisibilizados en los sures del mundo global. Es por eso que el presente ensayo analiza ciertos elementos que los feminismos del sur aportan al movimiento por la igualdad: la transformación desde las instituciones religiosas del feminismo islámico y el comunitarismo del feminismo indígena, para finalmente describir la diversidad y la masividad que aporta el feminismo populista en el siglo XXI.

El pensamiento abismal y las limitaciones del feminismo occidental

Boaventura de Sousa Santos (2014) sostiene que en los saberes y la construcción de conocimiento, el sistema colonial ha mantenido un pensamiento abismal a partir de la construcción de una línea divisoria que separa los saberes occidentales considerados válidos y científicos para

¹ Mención honorífica, Concurso Internacional de Ensayo Breve: El Futuro de la Igualdad en América Latina y el Caribe.

² Profesora y licenciada en Ciencia Política por la Universidad del Salvador. Docente de la Universidad Nacional de Río Negro, Argentina. lauxiturbide@gmail.com.

interpretar el mundo, de todos los demás saberes que son desestimados epistemológicamente y acaban invisibilizados o marginados por desenvolverse fuera de los centros coloniales.

El feminismo es un movimiento que exige cada vez mayor participación e igualdad en todos los espacios que el patriarcado, el colonialismo y el capitalismo le han restringido históricamente a las mujeres y a diversos grupos minorizados. El feminismo desde un pensamiento abismal ha mostrado las demandas de mujeres blancas, urbanas, de países industrializados y centros capitalistas como el reclamo único y universal, omitiendo las prácticas e interpretaciones que otras mujeres llevan adelante fuera de los centros industrializados y de quienes se mantienen en sus cosmovisiones filosóficas y prácticas religiosas distantes al occidentalismo liberal.

Mohanty (1984), sobre el feminismo hegemónico, reconoce que existe diversidad dentro de su propia categoría; sin embargo, encuentra una permanencia en la producción de materiales sobre el feminismo que se replica en las elaboraciones en el tercer mundo sobre las mujeres que no responden a las demandas urbanas y liberales.

El pensamiento feminista occidental observa a las mujeres de los sures en un estadio previo de la modernidad, incapaces en una lucha por la igualdad entre varones y mujeres, con la lucha contra el patriarcado como único camino para la emancipación. Dicho pensamiento no sólo invisibiliza las diversidades de los feminismos en el mundo, sino que tampoco cuestiona las historias que han instalado sistemas coloniales y capitalistas que se desarrollan junto al patriarcado como sistemas de opresión y desigualdad. (Bidaseca 2011).

“El hablar del patriarcado y no del racismo permite que las feministas blancas sigan actuando como explotadoras y opresoras. Sexismo, racismo y explotación de clase constituyen sistemas interrelacionados de dominación que determinan la agencia femenina. Y permiten comprender la *retórica salvacionista* que construye el discurso imperialista o los pequeños imperialismos locales” (Bidaseca 2011: 63).

Politizar la violencia de género de las mujeres blancas como un flagelo aislado a los demás sistemas de dominación y opresión por los cuales son (somos) sometidas las mujeres —como cuestiones raciales, étnicas, religiosas o de clase— aportará poco, porque necesita considerarse la interseccionalidad como los diversos aspectos que (nos) atraviesan a las personas, a las mujeres. Crenshaw (1994), desde el feminismo afroamericano, complejiza el análisis de la violencia hacia las mujeres incorporando la necesidad

de más categorías y evidenciando la heterogeneidad del patriarcado, del colonialismo y de los sistemas de poder económicos hegemónicos en los cuerpos de las mujeres.

Y porque el primer paso es reconocer la diversidad, veremos cómo en los ámbitos religiosos y desde las cosmovisiones indígenas el discurso feminista del sur combate el patriarcado cuestionando también los sistemas de producción económica, la estigmatización de la geopolítica y la jerarquización étnica que el colonialismo ha radicado en distintas partes del mundo, sin tener que despojarse de sus identidades culturales y religiosas.

Dos de los feminismos del sur: el feminismo indígena y el feminismo religioso

Bidaseca (2014) entiende que el feminismo del norte quiebra la unidad en la lucha o bien empuja la reconstrucción de una nueva cartografía feminista del sur superando las delimitaciones impuestas por la epistemología colonial. Es por eso que antes de caracterizar el feminismo populista en el nuevo siglo, reconoceremos dos de los feminismos del sur o descoloniales —el feminismo religioso islámico y el feminismo indígena—, porque reconstruir y dar visibilidad a las diversas luchas por la igualdad y la equidad que se libran actualmente en los sures globales, deben llevarse adelante con fuertes concepciones de colectividad y heterogeneidad.

El feminismo indígena, en primer lugar, se define desde criterios comunitarios como aquellas acciones que las mujeres realizan en beneficio de todas las mujeres; un aspecto distinto de las demandas individuales-liberales propias del feminismo occidental. La concepción del feminismo se construye a partir de los objetivos que se propone si estos responden colectivamente a las mujeres. “Toda acción organizada por las mujeres indígenas en beneficio de una buena vida para todas las mujeres, se traduce al castellano como feminismo” (Gargallo, 2014: 21).

A su vez, este feminismo originario incorpora una mirada amplia sobre el escenario de las opresiones patriarcales, coloniales y capitalistas, tanto en los territorios americanos como sobre los cuerpos de (nos) las mujeres. Nuestros cuerpos son, también, el territorio que los sistemas de opresión utilizan como recursos materiales de explotación, con violencia y con racismo, desconociendo los derechos en nuestros propios cuerpos.

Las feministas indígenas discuten con el esencialismo étnico, reinterpretando la historia y los contextos que, al igual que el patriarcado colonialista y el capitalismo, marginaron el rol de las mujeres en el continente americano, *Abya Yala* en idioma Kuno acordado por muchos pueblos indígenas para nombre al continente (Cabnal 2010).

“Partir de los 519 años de penetración colonial, sería negar que mi cultura ancestral tenga raíz patriarcal. Esto es fundamental también pues con esta afirmación no se resta responsabilidad histórica de todos los resultados colonialistas patriarcales, al contrario, se plantea desde cómo se revitaliza el patriarcado como sistema universal de opresión” (Cabnal, 2010: 20).

Así como el feminismo indígena sabe que el patriarcado no es el único sistema de dominación que oprime, el feminismo islámico también visibiliza las consecuencias que los sistemas colonial y capitalista hacen en los estados de religión musulmana a partir de discursos laicos de geopolítica.

Las islámicas, reconociendo que no solo el patriarcado es emblema de opresión, profundizan el feminismo descartando que el único camino hacia la igualdad sea alejarse de la religión, como proyecta el feminismo occidental. Con elementos de la religión musulmana, la acción de las feministas es incorporarse en el estudio del Corán y la pedagogía islámica como una de las formas hacia la igualdad entre mujeres y varones que ha sido abandonada por las prácticas de las sociedades actuales.

“Nombrar es dar existencia y al dar existencia, reconocemos. Es justo entonces dar un nombre al trabajo dentro de un marco religioso que intenta de-construir las exégesis patriarcales que se han hecho del Corán a favor de las mujeres musulmanas en particular y de las mujeres en su relación con lo espiritual en general.” (Rivera de la Fuente y Varcacel 2014: 147).

Mahmood (2006), sobre la agencia feminista, desestima que la dirección única hacia la igualdad sea alejarse de la religión o de las tradiciones persiguiendo la autonomía liberal, porque en ciertos casos la búsqueda es hacia la redefinición de las normas y costumbres, y lo verifica con la participación de mujeres en actividades de formación y pedagogía frente al brutal neoliberalismo secular que recorta los roles del Estado egipcio.

El feminismo islámico entiende que es utilizado para perjudicar la imagen del mundo árabe en general en las discusiones coloniales y de política internacional. En una *guerra sin cuarteles* que Occidente lleva adelante contra el *terrorismo* del siglo XXI, las mujeres islámicas son utilizadas como símbolos de opresión de un patriarcado musulmán, pero jamás se reconoce el impacto de las invasiones, ocupaciones, ataques y saqueos que las potencias occidentales llevan adelante en Oriente Medio. Las feministas islámicas buscan reivindicar su cultura ante la demonización occidental internacional que se lleva adelante en una batalla cultural de un colonialismo actual que se vincula a la industria bélica, la extracción de recursos energéticos y presiones a las economías nacionales.

Lo privado y lo público juegan un rol importante en las discusiones feministas, porque el discurso occidental cuestiona la división de escenarios para desarrollar sus vidas libres de violencia y desigualdad, aunque muchas posiciones aún sugieren replegar las identidades culturales y religiosas en el ámbito privado, en el caso de las mujeres islámicas el uso del velo, burka, etc., en nombre de la libertad.

En la diversidad de feminismos emergen nuevos componentes y experiencias que muestran el hacer de las mujeres en los sures globales, orientados a mejorar la vida de las sociedades completas. Así como el feminismo indígena aporta lo comunitario como un componente fundacional con la posibilidad de cuestionar el esencialismo originario, el feminismo islámico visibiliza la discusión acerca de la defensa de herramientas identitarias ante los actores coloniales del escenario geopolítico. Veremos que el feminismo populista —con dos componentes que logra sintetizar: la diversidad y la masividad— emerge en el caso argentino como un movimiento amplio, muy heterogéneo y de gran capacidad de adhesión e influencia en las instituciones y estructuras políticas tradicionales.

La diversidad y la masividad del feminismo populista

La experiencia populista en América del Sur del siglo XXI es fundamental para considerar un movimiento feminista que se inicia con el tradicional espacio de mujeres académicas, urbanas y de posiciones socioeconómicas acomodadas pero que, junto con los procesos de lógica política populista de la arena política, adquiere masividad respecto a la participación social mientras que conserva las diferencias de los espacios que lo componen.

Laclau (2005) presenta uno de los análisis más concretos acerca de los procesos populistas, porque lejos de utilizar el término para usos descalificativos como el fracaso o desfasaje institucional, se centra en conceptualizarlo como una mecánica política que se presenta como una gran identidad producto de la acumulación de demandas irresueltas, con fuertes proyecciones de consolidarse hegemónica. Su materialización depende de contar con tres instancias necesarias: la heterogeneidad constitutiva, es decir, aquellas exigencias sociales que no han sido resueltas ni canalizadas por los sistemas políticos vigentes y que representan reclamos históricos que no consiguieron incorporarse en los programas de ningún gobierno; los puntos de acuerdo que el autor define como relaciones equivalenciales, que sin coincidir plenamente y sosteniendo la heterogeneidad, consiguen agrupar las demandas no resueltas por las estructuras político-institucionales; y, finalmente, la pertenencia identitaria que se diferencia de un sistema distinto y excluyente, y posibilita una capacidad hegemónica en los espacios comunes vacíos o indefinidos que sostienen la unidad.

“El Populismo supone la puesta en cuestión de un orden institucional por medio de la construcción de un desvalido como agente histórico —es decir un agente que es otro en relación con la forma en que las cosas son—”. (Laclau, 2005: 44)

Todo el siglo XX fue testigo de que las demandas en la lucha por la igualdad eran exclusivamente de las mujeres urbanas, universitarias y en coincidencia con los discursos del feminismo occidental, pero la llegada de gobiernos populistas a la región sacude las agendas estatales incorporando los derechos humanos como ejes transversales de las instituciones. Los derechos humanos eran una temática que trabajaban las organizaciones sociales y políticas durante décadas, y que ahora se instalan dentro del Estado.

Como en el populismo, la experiencia feminista sudamericana del nuevo siglo, particularmente en la Argentina, articuló demandas irresueltas reagrupando aquellos espacios feministas ahora dentro de las propias instituciones tradicionales de la sociedad, reconstruyendo una identidad de aspiraciones hegemónicas. Las ideas feministas dejaron de discutirse sólo en ámbitos académicos para darse en instituciones, organismos de gobierno, ONG, sindicatos, fundaciones, agrupaciones estudiantiles y artísticas, movimientos barriales, partidos políticos y demás organizaciones de la sociedad civil, incorporando exigencias recogidas en cada uno de estos ámbitos y en todas las discusiones que de fondo se debatía la igualdad. El feminismo populista, al igual que el feminismo islámico se filtra en instituciones tradicionales que el propio neoliberalismo busca reducir, sin transformarlas revolucionariamente. La lucha contra la violencia del patriarcado, el mercado y el sistema colonial en tiempos populistas se presenta en todas las estructuras sociales, económicas e institucionales y cobra presencia y visibilidad.

El espacio público presiona las agendas político institucionales con marchas concurridas como #NiUnaMenos³. Estas manifestaciones públicas evidencian un carácter masivo que emerge ocupando los espacios públicos con un importante componente de sociedad civil no organizada, inorgánica o independiente de organizaciones sociales y políticas, pero también de una construcción feminista dentro de las instituciones tradicionales. El feminismo populista consigue la visibilización callejera, en ocasiones espontánea y en otras organizada, pero en ambos casos con una importante participación.

³ Con el feminicidio de una joven el 3 de junio de 2015, miles de personas se manifestaron espontáneamente en las plazas públicas de todo el país bajo la consigna “Ni Una Menos”. La convocatoria trascendió las fronteras nacionales y contó con concentraciones simultáneas en distintas ciudades de América Latina, y réplicas de las marchas en 2016 y 2017, en los aniversarios de la importante convocatoria y ante casos de feminicidios.

En distintas ciudades y pueblos, en zonas céntricas y barriadas periféricas las explosiones callejeras de personas en contra de la violencia no necesitan identificación ni organización previa, se encuentran en las movilizaciones orgánicas de partidos políticos, organizaciones LGTTB, agrupaciones estudiantiles, grupos de vecinos y vecinas, familias solidarizadas contra la violencia, movimientos culturales, confederaciones de pueblos originarios, afrodescendientes, centros de jubilados y jubiladas, trabajadores y trabajadoras de prensa, e incluso espacios religiosos dispuestos a solidarse con causas feministas.

Personas decididas contra del patriarcado lo hacen masivamente en marchas, concentraciones, instalaciones callejeras, intervenciones culturales, y sin embargo no todas de acuerdo respecto a la despenalización del aborto, las políticas y legislaciones de fecundación in vitro, formalización del trabajo sexual, y demás aspectos que históricamente discutió el feminismo puertas adentro. El inicio de la masividad puede vislumbrarse desde los Encuentros Nacionales de Mujeres en la década del ochenta pero, en tiempos de populismo, el feminismo consolida además una identidad distinta del sistema patriarcal que se percibe en cada institución, consolidando, así, una identidad con perspectiva hegemónica.

La incorporación de los debates feministas en las agendas de las instituciones y de las organizaciones de la sociedad civil aceleró los procesos de movilización y relocalizó las demandas feministas junto a la heterogeneidad de opresiones y exclusiones que sufren las sociedades en su conjunto. Y aunque los índices de violencia no han logrado reducirse, el feminismo populista, con la diversidad y la masividad, consiguió que toda la arena política se pronuncie y se posicione respecto de coyunturas y episodios de la violencia patriarcal, derrotando en principio la invisibilización de las desigualdades de género que nos atraviesan a las mujeres en cada aspecto de la vida.

Bibliografía

- Bidaseca, Karina (2011), "Mujeres blancas buscando salvar a mujeres color café. Desigualdad, colonialismo jurídico y feminismo post colonial", *Revista de Investigación social Andamio*, Vol. 8 nro. 17, <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=62821337004>.
- (2014), "Tercer Feminismo: nomadismo identitario, mestizaje y travestismo colonial para una genealogía de los feminismos descoloniales" en *Lenguajes y narrativas. Desafíos feministas*, Vol. 1. Ed. Copiart, Tubarao.
- Cabnal, Lorena (2010), *Feminismos Diversos: el feminismo comunitario*, Ediciones ACSUR – Las Segovias, <https://porunavidavivible.files.wordpress.com/2012/09/feminismos-comunitario-lorena-cabnal.pdf>.
- Crenshaw Williams, Kimberlé (1994), "Mapping the Margins: Intersectionality, Identity Politics, and Violence Against Women of Color" en Martha Albertson Fineman, Rixanne Mykitiuk, Eds. *The Public Nature of Private Violence*. (New York: Routledge).
- Gargallo Calentani, Francesca (2014), *Feminismos desde Abya Yala. Ideas y proposiciones de las mujeres de 607 pueblos en Nuestra América*, Editorial Corte y confección, México.
- Laclau, Ernesto (2005), *La cuestión populista*, FCE, Buenos Aires.
- Mahmood, Saba (2006), "Teoria feminista, agência e sujeito liberatório: algumas reflexões sobre o revivalismo islâmico no Egípto", en *Etnográfica*, vol. x, núm. 1, mayo: Centro de Estudos de Antropologia Social (ceas)-Instituto Superior de Ciências do Trabalho e da Empresa (iscte), Lisboa.
- Mohanty, Chandra (1984), "Bajo los ojos de occidente. Academia feminista y discurso colonial" en Liliana Suárez Navaz y Aída Hernández (editoras): *Descolonizando el Feminismo: Teorías y Prácticas desde los Márgenes*, Ed. Cátedra, Madrid.
- Rivera de la Fuente, Vanessa Alejandra y Mayra Soledad Valcarcel (2014), "Feminismo, identidad e Islam: encrucijadas, estrategias y desafíos en un mundo transnacional", *Tabula Rasa*. Bogotá - Colombia, No. 21, Bogotá.
- Santos, Boaventura de Sousa y María Paula Meneses (2014), *Epistemologías del Sur. Perspectivas*, Ed. Akal, Madrid.

Igualdad: desigualdad. El credo capitalista como argumento de la derecha latinoamericana¹

Cintia Mannocchi²

Los planteos existencialistas arrojaron al hombre a vivir trágicamente en libertad y en el absurdo o, para ser precisos, arrojaron a la exigua culta humanidad. La mayoría de los mortales se lanzan a diario a una duda más concreta: la posibilidad de comer y disminuir sus carencias. Se dice que el camino a la redención es simple e igual para todos: al trabajo y el sacrificio le siguen las necesidades básicas satisfechas; y si hay más sacrificio, se llega al progreso. Quien más, quien menos, todos —quienes vivimos capitalistas— abrazamos el dogma, repetimos la plegaria del esfuerzo individual, de la igualdad de oportunidades y de la libertad de trabajo, mientras la fe realiza el resto. Los pobres castigan a otros pobres más pobres, los menos miserables hacen lo propio con los más miserables: “es que no se esfuerzan lo suficiente”, afirman, “es que cada uno tiene lo que merece”, se convencen; pues “todos nacemos con las mismas chances”. La justificación divina salva a los ricos porque ellos sí se habrían sacrificado lo suficiente o contarían con algún don que les permite transitar su paraíso en la tierra.

¹ Mención honorífica, Concurso Internacional de Ensayo Breve: El Futuro de la Igualdad en América Latina y el Caribe.

² Profesora y licenciada en Historia por la Universidad Nacional de General Sarmiento y la Universidad Nacional de Luján, Argentina, respectivamente. Docente de nivel medio y terciario. mannocchicintia@yahoo.com.ar.

La prédica burguesa liberal ya lleva varios siglos de vigencia, casi inmaculada continúa repitiéndose en mesas familiares, atrios, escuelas, tiendas y cárceles. Fatídico triunfo que se refleja hoy con el regreso pleno del neoliberalismo o el robustecido viraje a la derecha que en América Latina, desde Honduras hasta la Argentina, viene ganando espacios políticos gracias, en gran parte, a la eficaz aplicación del sermón que a más igualdad existente afirma, más desigualdad real confirma. ¿Cuáles son las razones por las que esta prédica gana, a pesar de toda la evidencia en su contra, a la hora de extender el dogma? ¿Por qué está ganando en una de las regiones más pobres y olvidadas por Dios?

En el último trienio la derecha latinoamericana ha aprendido a reconvertir el dogma para volverlo un producto de propaganda y consumo masificado, un slogan que no dice nada para decirlo todo. Hizo de la *igualdad de oportunidades* un ítem fundamental de campaña y de gobierno que repetir como credo, ítem que niega las bases del pensamiento que le es inherente.

Desde sus inicios, la derecha latinoamericana cuenta con principios básicos que se oponen fuertemente a las tendencias políticas igualitarias y liberadoras que, entre el siglo XIX y el XX, socavaron el orden social y económico (McGee Deutsch, 2005: 21). Representa una mirada esencialmente desigualitaria que naturaliza las distancias sociales y se opone a la acción izquierdista de “exaltar más lo que convierte a los hombres en iguales respecto a lo que los convierte en desiguales” y “favorecer las políticas que tienden a convertir en más iguales a los desiguales” (Bobbio, 2014: 120). Esto supone, además de elitismo, una concepción profundamente pesimista de la naturaleza humana al considerar que la misma “no es susceptible de progreso sustancial” (González Cuevas, 2005: 12).

La derecha procura mantener o instalar órdenes desiguales porque considera a la desigualdad como norma para el buen funcionamiento social. Si agregamos el escepticismo sobre la capacidad humana de evolucionar hacia la perfección y la desconfianza en el poder de las masas, ¿cómo es posible que las derechas de la región se consoliden en sus gobiernos a través de discursos basados en el cambio y en la capacidad de la gente de progresar por igual? Han logrado constituir un discurso que trasciende a sus propios principios integrando tópicos del liberalismo y de la socialdemocracia aceptados por todos, en un amplio espectro ideológico, como verdades sacrosantas. No parece haber más embuste que convencimiento.

Un día de año 312, Constantino vio un enorme crucifijo resplandeciendo bajo el lema *In hoc signo Vinces*, y creyó en el cristianismo. Otro día, el arcángel Gabriel visitó a Mahoma, o el emperador Ptolomeo I soñó con

un dios Serapis que uniera a griegos y egipcios. Estas visiones, de las que descreen los historiadores, son una forma de expresión de la verdad. La señal celestial carga con mayor verdad que cualquier intención política u objetivo crematístico perdidos en tiempo y espacio. Se describe a través de los años, de manera cada vez más imprecisa, fabulosa; y más efectiva en sus resultados. No es ya el sueño de un hombre, de una sola gran personalidad; es un relato colectivo, una realidad sin la fecha de vencimiento de los intereses individuales y coyunturales.

La vida religiosa es hoy —temporalidad de lo flexible y lo incierto— la realidad más pura que queda. La posmodernidad lo dejó fluir todo; en cambio, las ideas venerables sobre las que se levanta el capitalismo están sólidas en las representaciones cotidianas de —esto es lo penoso— los grupos sociales más desfavorecidos. Los latinoamericanos pobres son parte principal de la consolidación y la difusión de las ideas que se expanden con valor religioso, con liturgia (obra del pueblo) inalterable. No son las célebres premisas económicas vinculadas al mercado, el derrame, la condición de la propiedad o los medios de producción, las que permiten hoy que la derecha acreciente la pobreza; es el sustento mágico-religioso el que afianza la fe capitalista. Son visiones que lejos de desvanecerse se transfiguran para convertirse en única realidad; y el resto pasa a ser herejía de izquierda o necedad de ciegos que no ven la cruz en el cielo ni las seiscientas alas del arcángel Gabriel batidas sobre el desierto.

Las narrativas sagradas construyen sociedades, la complejidad o la simplicidad de las primeras no necesariamente coinciden o confirman las mismas características en las segundas. Así, la simple narrativa del capitalismo dieciochesco, casi sin remozar, justifica las complejas barbaridades socioeconómicas de nuestro tiempo, de modo que los grandes fraudes financieros y las espeluznantes cifras de concentración de riquezas que colocan a América Latina como la región más desigual del mundo, terminan por explicarse en el nivel popular —que la derecha sabe imitar y reforzar desde sus dispositivos— con oraciones uniformes que llaman a honrar las deudas y a trabajar y ahorrar para aumentar el bienestar, porque “sí, se puede”.

En las formas más primitivas de creencias —animistas, mágicas, fetichistas— el bienestar terrenal del ser humano era la meta primordial. Más tarde se fue privilegiando el agrado de los respectivos dioses de cada religión y la recompensa celestial que se pudiera recibir ya en la muerte. Ni siquiera el protestantismo, puntal en el desarrollo de la conciencia capitalista, lograría hoy esclarecer la conducta de millones de personas que viven generación tras generación en condiciones de miseria y aún así sostienen y se sostienen sobre los valores (¿los símbolos?, ¿la cosmovisión?,

¿los productos?) del capitalismo como puro acto de fe. Weber se pasmaría ante semejante frivolidad.

La divinización del pensamiento capitalista genera la divinización de las cosas y la cosificación de las personas. No es ya solo el culto al capital ni las falsas idolatrías a la libertad y a la igualdad civil lo preocupante; es ante todo la expansión de una masa de mártires dispuestos a inmolarse y a matar en nombre de su fe y de la omnipotencia humana sobre la cual se erige. Pesada piedra que el hombre se obliga a cargar a lo Sísifo, al concebir omnipotente que su lugar en la tierra depende solo de sí mismo, porque no habría dudas de que todos nacen con las mismas posibilidades.

El individualismo racionalista, en nombre del conocimiento, descreyó tanto de las oraciones como de los efectos de las estructuras económicas y de la lógica de la explotación. El individualismo posmoderno es todavía más ingenuo e ingenioso, y seculariza el espíritu religioso tradicional a través de la literatura de autoayuda (de la que parece servirse la derecha), el catecismo de la publicidad, el símbolo sagrado de las marcas, y la liturgia de comprar para ser individual y momentáneamente felices, que es lo único que nos queda como falibles y torpes dioses griegos que no le temen a la distracción y al placer pero sí a la falta de sacrificios por parte de quienes tengan que hacerlos. Paradoja divina la de los “sacrificados” que año tras año mueren intentando cruzar muros y mares yendo del sur al norte.

Los principios de fe del capitalismo se basan en el sacrificio personal, la preeminencia de la voluntad individual sobre el contexto y la igualdad de oportunidades. Fromm habló de la religión industrial que sacraliza la propiedad, el trabajo y el lucro. No son únicamente las mercancías las que adquieren propiedades mágicas, es el ser humano el que se mistifica en la medida de las necesidades del capital. Así como los precios de las cosas parecen depender de las cosas mismas, cada hombre mide su propio valor a partir de su talento individual, esfuerzo o sus capacidades especiales, que obtendrían el precio justo en el “mercado de las personalidades” (Fromm, 1978: 143). Cada hombre portaría su destino y su merecimiento como una cruz, la del martirio o la de la gloria, convertido, de alguna manera, en su propio Dios. La derecha, ataviada con la creencia, se llena la boca con palabras bonitas capaces de convencer a millones de soñadores y de fracasados: emprendedurismo, resiliencia, oportunidad, dignidad del trabajo.

La sola existencia de Dios brinda un orden ante la tragedia y el universo, una línea de conducta que facilita la medida del día a día, sin esperar lo peor de uno mismo y de los demás. La sola presencia de una serie de creencias que expliquen, de modo más o menos convincente, porque nos ubicamos socialmente en el sitio “que nos toca” también hacen de la vida, como realidad vital y experiencia social, un transcurrir tolerable ¿Qué

le sucedería a la humanidad frente a la certeza de que Dios no existe y no hay castigos ni recompensas? ¿Qué sucedería si se creyera que el lugar en el mundo, como posicionamiento socioeconómico, no depende de haber cumplido mejor o peor con los mandatos de sacrificio, mérito o ingenio empresario que todavía sostienen al capitalismo desde abajo?

Si para Nietzsche los que no aceptan la vida toman la idea de Dios, del mismo modo es entendible que quienes no acepten su vida (social) se hagan eco de una serie de “creencias de la justificación” para aclararlo todo de forma integral. Este Dios nietzscheano muere cuando mueran estas verdades absolutas que guían las acciones individuales, y el hombre aprecie su finitud y comience a hacerse cargo de su propia y terrible vida, sin lazarillos religiosos ni parámetros de buena conducta. Este “superhombre” fue según Benjamín la solidaria colaboración de Nietzsche con el capitalismo. Orgulloso, individualista, creador y activo, más que un hombre; un Dios antropomorfo y solitario que piensa que su voluntad le basta, y se cree con la libertad de elegir el propósito de su vida. ¡Qué inocencia! Nuestra derecha retomó en su eterno retorno al superhombre de manera casi pueril, lo restauró con arcilla de niños, le borró el paisaje del que es parte y le dijo ¡Camina ya hacia delante o haz tu propio camino! Y allí están sus votantes con pies de arcilla resquebrajada.

No sostenemos, con ánimos marxistas y gramscianos, que la religión es parte del capitalismo al ser herramienta fundamental en el control de la clase dominante sobre la dominada; sino que hablamos de un capitalismo basado en una profunda significación doctrinal que agrupa reglas y principios simples con valor religioso, como *vox populi*, *vox dei*, como verdad única y universal que, al ser retomada por quienes ideológicamente denostan a los gobiernos más progresistas y populares, la vuelven un recurso efectivo para reforzar una cierta perspectiva sobre la vida social, con un hondo sentido cultural, que los lleva y consolida en el poder en la medida que deslegitiman (esconden, ensucian, vapulean) con herramientas morales o inmorales otras posibles miradas o verdades, que a su vez son más complejas de entender para el grueso de la sociedad.

Hay un velo o un muro que no permite apreciar el sermón capitalista como un invento entre tantas otras formas de verdad, y en tal sentido, las experiencias que proviniendo del propio sistema se dan a criticar algo del rezo, suelen estar destinadas a chocar con el muro. Así inclusive el cálido Papa latinoamericano que pide que recen por él, termina por perder su infalibilidad y pasa a ser un ignorante de la verdad revelada, cuando no un hereje, sólo por criticar lo evidente.

La derecha se encuentra hoy, con eficacia pasmosa, tomando las ideas divinizadas inherentes al invento capitalismo. Está reforzando el acto de fe

general que enmascara u oculta la propia trama de poder bajo la sincera creencia en la eficacia de la voluntad de los hombres libres e iguales, llámese omnipotencia o llámese libre albedrío. En tanto que la izquierda, al concebir que la religión se nutre de la injusticia y la alienación haciendo que el ser humano legitime su propia explotación, lidia con el sentimiento sincero de los hombres que creen contar con iguales oportunidades en la carrera del mérito y —por tanto— no les dan sus votos. Otras experiencias políticas que han propiciado una mayor justicia social o un freno sobre el proceso de concentración de las riquezas en la región, no lograron más que una moderada detracción de la creencia, menos útil que su análisis bajo una conversión cultural conducente a alimentar la duda general sobre toda fe establecida, como modo de empoderamiento colectivo que permita transformar la realidad aquí y ahora; y como obstáculo al “arte de vivir con fe y sin saber con fe en qué”, diría un músico brasileño.

La fe capitalista se ha vuelto para muchos delirio místico y expresión alucinatoria. Y se sostiene al extremo de juzgar a los movimientos populistas y los modelos más igualitarios porque —lo hemos escuchado desde las bocas más desdentadas y desde los cuerpos que menos festejan la “pompa sagrada de los rituales de la fábrica y la bolsa”— con sus dádivas fomentarían el ocio de quienes “quieren vivir de arriba y tenerlo todo sin hacer nada”; como si existiera un Dios falso llamado Estado, y no desean esforzarse, y prefieren (ellos, siempre “ellos”) estigmatizarse también falsamente con la ayuda social que los mártires del capitalismo niegan a adjetivar con la palabra derecho. Pues los derechos están desde siempre (nacemos libres, iguales y con la dignidad de dos manos para trabajar), y no sería necesario más que la voluntad de accionarlos. Y esta creencia franca es utilizada por quienes desean ocultar la raíz histórica de los derechos, y por quienes juzgan ocultamente la búsqueda de la igualdad social real como horizonte de cualquier propuesta de gobierno.

Ocultar es una necesidad de la producción capitalista: las relaciones productivas humanas, la explotación, el sufrimiento. Y lo es también acotar al esfuerzo a una dimensión privada y personal; cada trabajo es parcial, incompleto y dependiente, casi secretamente, de otros tantos trabajos en la línea de producción y en la división social. Una vez privatizado el esfuerzo, vuelto cualidad de cada persona que lo vende, es viable privatizar todo lo demás y, por supuesto, dividir al cuerpo social en múltiples individualidades. La derecha neoliberal se ha vuelto experta en asegurarse para sí dicha segmentación a través de discursos y políticas concretas que disgregan las voluntades del pueblo y desmantelan alianzas.

La confianza en el sistema capitalista termina, finalmente, significando confianza sólo en uno mismo y en sus posibilidades (como individuo

soberano que sopesa sus infinitas oportunidades) y, allí, el triunfo de la creencia como el de los libros de autoayuda que elevan la moral cuanto más la bajan. Todo argumento fáctico y justificación teórica que deslinde a la mayoría de los hombres de la responsabilidad de sus miserias económicas no vale frente a los convencidos. No alcanzaría el papel para reseñar el cine hollywoodense y la literatura masificada que exhiben la chance abierta de que cualquiera pueda ser una figura heroica (ser “alguien”) recorriendo el camino del éxito, siendo su propio Dios, con esfuerzo y honestidad, o sin.

Quienes criticamos la verdad revelada —televisada y *googleada*— somos meros apóstatas que fantaseamos con otra sociedad, otros dioses (la dimensión divina siempre estará), imágenes, mitos e invenciones que la sostengan. También, con un nuevo martirologio que no incluya al que mata y muere por un teléfono móvil o se lanza feliz a la tortura y a los dientes de las fieras explotadoras para no ser luego acusado de flojo, y poder tocar así —aunque sea rozar con las yemas de los dedos— algo de ese paraíso que le contó alguien que vio en una película basada en un sueño de la vida real. La desacralización del mercado y del dinero no se conseguirá hasta que desaparezca el último mártir soñador que sueña con la “farsa del allá”.

Žizek explica que los refugiados del mundo están poseídos por un sueño llamado Noruega, un sueño de absoluta e irreal prosperidad que se encuentra inclusive por fuera del alcance de los propios europeos. Del mismo modo, mexicanos y centroamericanos siguen creyendo en el sueño gringo. Noruega no existe para el filósofo esloveno, es la utopía absoluta de los más desamparados que no se atreven a cambiar su realidad (Žizek, 2015).

En el principio de la economía capitalista se encuentra una sustitución de la vida (la humana, de carne y hueso) por universales que componen la alienación del hombre y lo amarran a la lógica de la representación, del deber ser, del “capitalismo ideal” que oculta el sufrimiento real: el hambre, el frío, el dolor. Es de ese “capitalismo ideal” (de esa Noruega) del que se nutre la derecha de América Latina para ganar y gobernar; no es simplemente el control sobre el aparato ideológico o el dominio obvio sobre los medios de comunicación, es algo más íntimo como íntimas son las oraciones del creyente.

A los creyentes no les importa que se les muestre, desde lo cercano y cotidiano, las contradicciones y absurdos del dogma. Gramsci buscaría las causas del sinsentido en la hegemonía de la clase burguesa que produce el sentido común dominante como una religión. ¿Qué sucede cuando está todo dado para romper con una hegemonía y no se consigue? Pareciera que los círculos concéntricos de la historia se encargan de centrifugar los elementos contrahegemónicos para que el capitalismo retome con mayores fuerzas justo en el punto en el que algún proyecto popular había

comenzado a moderar el impulso irrefrenable hacia la desigualdad total. Y los mártires festejan; consensuan sus castigos con los economistas liberales, pagan mayores impuestos y viven sus penas hasta morir. Y en la liturgia que le prosigue a la muerte no faltará quien diga llorando: ¡Era tan sacrificado! ¡Trabajó toda su vida! Y, entierro tras entierro, derrota tras derrota, lo último que deben perder los que desnudan la injusticia del concepto liberal de igualdad, es su compasión hacia los mártires, más como un instrumento de lucha que como una virtud desinteresada.

Bibliografía

- Benjamin, W. [1921] (2013), "El capitalismo como religión". En: http://fundp.academia.edu/OmarVRosas/Papers/538833/El_capitalismo_como_religion_Walter_Benjamin.
- Bobbio, N. (2014), *Derecha e izquierda*, Madrid: Alfaguara.
- Fromm, E. (1978), *¿Tener o ser?* México: FCE.
- González Cuevas, P. (2005), *El pensamiento político de la derecha española en el siglo XIX (1898-2000)*, Madrid: Tecnos.
- Gramsci, A. (1970), *Antología*. México: Siglo XXI Editores.
- Marx, K. (2004), *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*. Buenos Aires: Colihue.
- McGee Deutsch, S. (2005), *Las derechas. La extrema derecha en la Argentina, el Brasil y Chile (1890-1939)*. Buenos Aires: UNQ.
- Nietzsche, F. (1994), *La Gaya ciencia*. México: Editores Mexicanos Unidos.
- Žizek, Slavoj (2015), "La inexistencia de Noruega" en *El Mundo*, 11 de septiembre de 2015.

¿Quo vadis, América Latina? Periferia, heterogeneidad estructural y los persistentes problemas de la (des)igualdad¹

Emilia Ormaechea²

En el marco del 70° aniversario de la creación de la CEPAL, el año próximo se cumplirán también setenta años de la publicación del “manifiesto latinoamericano”, aquel reconocido documento escrito por Raúl Prebisch (1949) durante su llegada a la institución. Las reflexiones allí expuestas, junto con las posteriores contribuciones elaboradas por otros reconocidos autores, dieron origen a la creación de la primera escuela de pensamiento propiamente latinoamericana, que se constituyó en el más original e irrefutable esquema analítico para entender las dificultades de las economías periféricas y los desafíos que afrontaban para su desarrollo económico.

Como los mismos autores estructuralistas supieron afirmar, el motivo último de su propuesta de desarrollo, basada en la reconocida estrategia industrializadora, no era otro que mejorar la calidad de vida de gran parte de la población latinoamericana. Ante las imperantes condiciones de desigualdad de la región, producto de las características que asumían sus estructuras productivas y la desigualdad distributiva, la industrialización por

¹ Mención honorífica, Concurso Internacional de Ensayo Breve: El Futuro de la Igualdad en América Latina y el Caribe.

² Licenciada en Ciencia Política y magíster en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional del Litoral. Doctoranda en Desarrollo Económico por la Universidad Nacional de Quilmes, docente de la Universidad Nacional del Litoral y becaria doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Argentina. emiliaormaecha@gmail.com.

sustitución de importaciones (ISI), liderada por el Estado, suponía un camino inicial para reducir las desigualdades tanto al interior de la periferia, como en la relación de esta con los principales centros industriales. De manera más precisa, la propuesta de desarrollo se asociaba a la posibilidad de descender la elevada proporción de población activa que trabaja con escasa productividad en la producción primaria y las actividades artesanales, para poder así incrementar el ingreso medio por persona y elevar el nivel de vida de las masas.

Sin embargo, luego de un breve período de importante crecimiento económico, las estrategias de desarrollo desplegadas en América Latina demostraron sus limitaciones, tanto para avanzar en los estadios más complejos del proceso industrializador, como para resolver las persistentes desigualdades y heterogeneidades estructurales profundizadas, paradójicamente, por la misma estrategia desarrollista.

Indudablemente, desde la emergencia de aquellas contribuciones mucho ha sucedido en la región latinoamericana en términos teóricos y político-estratégicos. Pero lo cierto es que el problema de la heterogeneidad estructural y la desigualdad no ha podido resolverse, y continúa revistiendo plena vigencia para repensar los desafíos del desarrollo actual. ¿Qué ha cambiado desde entonces y qué hemos aprendido?

El problema de la heterogeneidad estructural y la desigualdad

Al irse desplegando la estrategia industrializadora, los autores estructuralistas observaron que, contrariamente a sus expectativas iniciales, terminaban por recrearse nuevas desigualdades en términos sociales (en los niveles de ingreso), sectoriales (diferencias de productividad en las distintas actividades) y geográficos (dando lugar a la creación de nuevas “periferias” dentro de la periferia). En ese sentido, y a diferencia del proceso de homogeneización que caracterizaba a los países centrales (o “desarrollados”), el despliegue de la ISI sobre la base de la matriz de poder propia de América Latina tendía, en realidad, a la reafirmación de una estructura socioproductiva heterogénea y desigual. Así, mientras una parte de la población se integraba al estrato “moderno” —tal como lo denominó Aníbal Pinto (1965)—, o alcanzaba un estatus de “clase media”, otra gran parte permanecía en los estratos intermedios o primitivos; estos últimos con niveles de ingresos similares a un patrón de subsistencia. De manera práctica, dichas desigualdades socioproductivas manifestadas en términos sociales, sectoriales y geográficos, encontraban (y aún encuentran) una persistente y clara expresión en las diferencias en los niveles de ingresos, en las estructuras de empleo, y en las posibilidades de acceso a la cobertura de las necesidades básicas.

Estas dificultades (entre muchas otras) experimentadas durante la ISI fueron resaltadas y utilizadas para denunciar que aquella estrategia de desarrollo liderada por el Estado no resolvía finalmente los problemas estructurales de América Latina. En ese marco, aunque los originales planteos de la CEPAL comenzaron a ser complementados posteriormente por las contribuciones del estructuralismo tardío y de los análisis de la(s) teoría(s) de la dependencia, poco pudieron hacer para ofrecer interpretaciones alternativas ante la ofensiva global del neoliberalismo que arribó en la región hacia 1970, viabilizada en gran medida por una sucesión de interrupciones democráticas (con diferentes grados de violencia), la desarticulación del pensamiento crítico latinoamericano, y la penosa afirmación del Consenso de Washington (CW) como “estrategia de desarrollo”.

El contexto reciente y la hegemonía neoliberal

Luego del “fracaso” de la ISI, y de manera contextual al agotamiento del modelo fordista-keynesiano dominante en el centro, el neoliberalismo, impulsado desde el norte, se consolidó como ideología académica y política dominante durante las décadas siguientes en la región (y en el mundo). Desde esta perspectiva, se criticaba fervientemente a las propuestas industrializadoras de América Latina (y a las estrategias promovidas por la CEPAL), bajo un renovado discurso materializado en “los diez puntos” del CW, que exigía una menor injerencia estatal y su necesario desmantelamiento, al tiempo que se revalorizaba la centralidad del mercado y de la libertad individual como elementos clave para mejorar las posibilidades de desarrollo y de realización individual.

Así, partiendo de un argumento falaz, el neoliberalismo supone la libertad e igualdad de condiciones, en el sentido de que todos los individuos se encuentran inicialmente en una posición similar. Desde allí, y a partir del esfuerzo (principalmente) individual, es posible avanzar en los objetivos que cada uno se proponga (relacionados, específicamente, con la ambición de ganar y poseer), sobre la base de los sistemas y ordenamientos meritocráticos que arbitran como jueces de las “justas” promociones. En consecuencia, en este planteo amistoso y no conflictual, el problema de la desigualdad queda resuelto en tanto, al partir de una *plena igualdad de condiciones*, cada uno es responsable de sus esfuerzos y de su destino.

¿Cuál es la relación, entonces, entre la reafirmada y persistente heterogeneidad estructural y el discurso neoliberal? ¿Cómo es posible partir de las mismas posiciones y con las mismas condiciones en la región más desigual del mundo? ¿Cuáles fueron (y son) sus resultados/consecuencias frente al problema de la desigualdad?

Del discurso dominante a los hechos

Lo cierto es que, a pesar de las estrategias predominantemente neoliberales desplegadas en la región, la desigualdad y la heterogeneidad estructural no se han podido resolver, sino que, más bien, se han reafirmado. En ese sentido, a pesar de los avances que se van logrando de manera lenta e irregular (sobre todo más recientemente, hacia inicios del siglo XXI, dentro de lo que algunos avizoraron como proyectos “posneoliberales”), aún nos encontramos ante una región enormemente desigual y excluyente (CEPAL, 2016), donde gran parte de la población vive en condiciones de extrema marginalidad y cuyas condiciones de vida son preocupantes.

Por su parte, y no obstante los importantes cambios que se sucedieron en el patrón acumulativo desde entonces, las características que adoptó la heterogeneidad estructural persisten en la actualidad, y encuentran sus manifestaciones y consecuencias más claras en los diferentes grados de desarrollo social y económico al interior de los países de la región. Es decir, están asociadas, en general, a la estructura concentrada de la riqueza en los sectores y regiones (históricamente) más dinámicos de exportación internacional, que coexisten con las tradicionales estructuras familiares-campesinas y de pequeños comerciantes que se ven marginadas y desplazadas ante el avance de las tecnologías y las renovadas formas de producción dominantes, estrechamente asociadas, naturalmente, a los intereses del gran capital.

El ámbito en el que se expresan estas desigualdades *de facto* no queda reducido exclusivamente al nivel de ingresos, sino que alcanza una gran variedad de dimensiones asociadas, como las diferentes posibilidades en el acceso y calidad de la educación, salud, vivienda y servicios básicos. En otro orden de relaciones, alcanza también a las tradicionales estructuras de poder, que persisten concentradas y excluyentes, viabilizando un patrón de acumulación que no hace más que reproducir la dinámica desigualadora al interior de la periferia.

Entonces, más allá de suponer nuevos desafíos y oportunidades, las condiciones económicas impuestas por la globalización y por las políticas neoliberales (actualmente, en proceso de “reafirmación” en la región) han dado cuenta, más bien, de los diversos y crecientes fracasos al momento de dar solución a los problemas estructurales de desigualdad, manifestados en términos sociales, sectoriales y geográficos, y cuya expresión se observa claramente en la pobreza, el desempleo y la exclusión social.

Mientras que frente al actual avance de una nueva ola de conservadurismo, que revaloriza el discurso neoliberal, se vuelve a posicionar aquella falacia que afirma indiscutidamente la existencia *a priori*

de igualdad de condiciones, es factible (y necesario) recordar que en el marco de un sistema capitalista periférico, y de las condiciones que caracterizan a las economías latinoamericanas, las posibilidades de realización de los sujetos están fuertemente condicionadas por el entorno económico-social en el cual se desarrollan. Las diferencias que son tristemente conocidas en cuanto al acceso a los servicios básicos (como salud, vivienda y educación), entornos de contención, estructuras de empleo y facilitamiento de las opciones laborales (en contraposición al revalorizado discurso de la meritocracia neoliberal), son realidades que no respetan ni se condicen con aquel principio de igualdad sobre el cual parece edificarse todo un mundo de concepciones.

Y, entonces, ¿hacia dónde vamos? Los desafíos para una “menor desigualdad”

Naturalmente, el problema de la (des)igualdad no es un fenómeno propio de los países periféricos sino, más bien, una condición de la dinámica de acumulación y reproducción capitalista. También es cierto que, por definición, esta problemática adopta una relevancia mucho más alarmante en las economías periféricas. Pero ¿qué posibilidades existen, en el marco del sistema predominante, de plantear un patrón de convergencia hacia la igualdad?

Tomar como punto de partida el reconocimiento analítico de que estamos insertos en un sistema desigual, jerárquico, competitivo, contradictorio y “conflictual” es fundamental para avanzar en la identificación de las dinámicas que dominan el capitalismo, particularmente en la periferia; y para, desde allí, reflexionar sobre posibles caminos para aminorar las desigualdades existentes. Así, a pesar de que el ideal de la igualdad pueda ser un camino incierto y utópico a plantear bajo el capitalismo, pueden pensarse, al menos, ciertas estrategias que mejoren la calidad de vida de gran parte de los habitantes latinoamericanos, en el sentido de reducir las extremas desigualdades estructurales y persistentes. El panorama no es actualmente bueno para tal fin, y las amenazas y los desafíos son cada vez más grandes. Volvemos, entonces, a la necesidad de replantear, luego de setenta años, aquella inquietud que motivó a Prebisch y a los estructuralistas a elaborar su propuesta de desarrollo: ¿qué estrategias se podrían pensar para **eleva el nivel de vida de las masas?**

Al respecto, la literatura sobre desarrollo económico en general, y el discurso cepalino en particular, reivindican la necesidad de llevar a cabo una transformación estructural (CEPAL, 2012), sustentada en el desarrollo tecnológico, que permita superar los problemas de crecimiento, empleo y desigualdad. Pues entonces, ¿qué elementos podemos aportar para la

reflexión acerca de las posibilidades y los caminos tendientes a lograr tal transformación estructural?

Tal vez, como legado de aquellas reflexiones, sea posible retomar una de las ideas centrales de Prebisch, quizás la menos estudiada de su propuesta de desarrollo: la necesidad de contar con un Estado capaz de asumir aquel desafío. Es decir, que partiendo del reconocimiento de que el libre desenvolvimiento de las fuerzas de mercado, por sí mismas, no habilitaron el desarrollo de América Latina, podamos retomar aquel elemento fundamental asociado al imperativo de construir un Estado capaz de llevar adelante las medidas que sean necesarias para avanzar en estrategias que tiendan a mejorar, en general, el nivel de vida de gran parte de la población latinoamericana.

En tanto en el plano de esta discusión el objetivo de dicha intervención no puede ser otro que aminorar la persistente heterogeneidad estructural y las desigualdades a ella asociada, se requiere la construcción de un Estado con capacidad para identificar las jerarquías (y conflictos) que operan al interior de la periferia, y con capacidad para plantear estrategias que permitan transformar el patrón de acumulación (primarizado, heterogéneo y extranjerizado), lograr una mayor homogeneidad, y avanzar en la reducción de las desigualdades.

Pero la necesidad de repensar el rol de los Estados latinoamericanos para el desarrollo y la reducción de la desigualdad debe plantearse en el marco del reconocimiento de las importantes transformaciones que se sucedieron en el patrón acumulativo desde entonces (Fernández, 2017), lo que implica un enorme desafío en términos teóricos, organizativos e implicativos. De todas maneras, como elemento central, dicho desafío no puede desconocer la necesidad de construir un proceso organizacional e implicativo, socialmente respaldado, que dé sentido a la intervención estatal para actuar sobre las dinámicas conflictuales, a los fines de dirigir y reorientar los comportamientos de los actores corporativos que tradicionalmente consolidaron (y consolidan) el *statu quo* latinoamericano. Es decir, es necesario avanzar en la construcción de un Estado con capacidad para (y decisión de) direccionar el comportamiento de los actores dominantes, internos y externos que operan en la región, para modificar las tradicionales prácticas concentradoras, rentistas y escasamente innovadoras sobre las que históricamente han consolidado su poder de acumulación y exclusión.

Al mismo tiempo, al centrar el análisis en la posibilidad de desarrollar la periferia en términos económico-productivos, y en la posibilidad de cualificar sus estructuras de acumulación sobre la base de una transformación en las estructuras tradicionalmente dominantes, dicha intervención estatal tampoco deberá descuidar la promoción de la actividad industrial como

motor del desarrollo, modificando la estructura productiva interna y las modalidades de inserción internacional, tal como Prebisch lo planteó setenta años atrás. En ese sentido, y no obstante señalar la necesidad de respetar las prácticas tradicionales de producción no dominantes —muy presentes en América Latina—, puede pensarse una estrategia “estructurante” de desarrollo basada en el despliegue de la actividad industrial compleja, endógena y dinámica, orientada a conformar un patrón económico más homogéneo, que permita incorporar una mayor proporción de la población en actividades con mayores niveles de productividad, incrementar el producto y, en consecuencia, las posibilidades de redistribución genuina del excedente.

Si bien, de alguna manera, estas discusiones no estuvieron ausentes en América Latina durante los últimos años, sobre todo en el marco de las experiencias neodesarrollistas o posneoliberales que lideraron la reciente *pink tide*; en apariencia, los Estados —permeados por las dinámicas neoliberales dominantes— no tuvieron la capacidad de configurar las estructuras organizativas requeridas ni los mecanismos de intervención adecuados para efectivamente avanzar en una transformación estructural, que altere el patrón de acumulación dominante y que permita la incorporación auténtica de los actores más relegados. En otras palabras, no lograron desplegar una estrategia inclusiva que sea perdurable más allá de las políticas redistributivas basadas en transferencias monetarias condicionadas.

De esta manera, aunque la cuestión del Estado haya regresado “a un primer plano” en los años recientes, merece y requiere aun una discusión y una problematización mucho más profunda: es necesario volver a reflexionar sobre las limitaciones y los problemas contenidos en los tradicionales (y contradictorios) mecanismos de configuración e implicación de los Estados periféricos a los fines de poder alterar el patrón de acumulación existente, y en los alcances y debilidades de las estrategias redistribucionistas que desde los mismos se intentaron (truncamente) llevar adelante.

Finalmente, ello se vincula, de manera directa, con un segundo elemento, aun débil y limitado en América Latina: la necesidad de construir proyectos políticos que definan el compromiso genuino y legítimo de avanzar en la transformación estructural y en la inminente necesidad de reducir las desigualdades. Ello exige cuestionar las teorías dominantes que son transferidas a la región y que se posicionan, en realidad, como baluartes de los intereses geoeconómicos de las potencias e intereses dominantes, para poder construir herramientas transformadoras sobre la base del reconocimiento de las lógicas jerárquicas y excluyentes que operan bajo el capitalismo, y de las particularidades que adoptan en la periferia.

Conlleva, en consecuencia, el desafío de construir proyectos coherentes, capaces y decididos a alterar el patrón de acumulación dominante para que los apremiantes mecanismos de redistribución del excedente sean genuinos, viables y sostenibles en el largo plazo. En última instancia, mientras reconozcamos la desigualdad de poder constitutiva del sistema y las características que la misma adopta en la periferia, la discusión será hacia donde nivelar la balanza: si hacia el interés de unos pocos, o a la necesidad de muchos.

Bibliografía

- CEPAL (2012), *Cambio estructural para la igualdad. Una visión integrada del desarrollo*, San Salvador: Naciones Unidas.
- (2016), *La matriz de la desigualdad social en América Latina*, Santiago de Chile: Naciones Unidas.
- Fernández, V. R. (2017), *La trilogía del erizo-zorro. Redes globales, trayectorias nacionales y dinámicas regionales desde la periferia*. Barcelona: Anthropos -Siglo XXI Editores - Ediciones UNL.
- Pinto, A. (1965), "Concentración del progreso técnico y de sus frutos en el desarrollo latinoamericano", *El Trimestre Económico*, XXXII.
- Prebisch, R. (1949), "El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas", *Desarrollo Económico*, 26 (103).

Desigualdad y heterogeneidad sectorial. Desafíos para América Latina y el Caribe¹

Fernando Rugitsky²

Las turbulencias económicas, políticas y sociales que se vienen produciendo desde la crisis financiera de 2008 están relacionadas, en muchos sentidos, con el incremento de las desigualdades en los ingresos y en la riqueza. Respecto a esto último pueden citarse numerosos ejemplos. En los Estados Unidos y en el Reino Unido las remuneraciones de los ejecutivos han experimentado un pronunciado aumento, a raíz de lo cual la desigualdad salarial ha alcanzado niveles sin precedentes. Por su parte, en algunos países de Europa continental las rentas de la propiedad han venido creciendo más rápidamente que las rentas del trabajo y también se ha incrementado la participación de los ingresos totales recibidos en forma de herencia. En China, la masiva reducción de la pobreza ha ido acompañada de una creciente desigualdad. La paradoja de la pobreza en medio de la abundancia vuelve a situarse en el centro de los debates públicos³.

¿Qué lugar ocupa América Latina en esta crisis de la desigualdad? Por lo general los países latinoamericanos se ubican entre los más desiguales del mundo, cualquiera sea el criterio de medición que se emplee. Sin

¹ Mención honorífica, Concurso Internacional de Ensayo Breve: El Futuro de la Igualdad en América Latina y el Caribe.

² Licenciado en Economía y en Derecho, y magíster en Derecho Económico por la Universidad de San Pablo. Doctor en Economía por The New School for Social Research, Estados Unidos y docente del Departamento de Economía de la Universidad de San Pablo, Brasil. rugitsky@usp.br.

³ En Palma (2011) y en Piketty (2014) puede verse una muestra de recientes trabajos de investigación empírica sobre la desigualdad.

embargo, según algunas de las estimaciones disponibles, en varios países de la región la desigualdad de ingresos cayó en los últimos dos decenios (Lustig, López-Calva y Ortiz-Juárez, 2013; Cornia, 2014). Estimaciones hechas recientemente a partir de datos tributarios indicarían que el alcance de la reducción de la desigualdad podría haber sido menor de lo que se había pensado anteriormente, pero por cierto hubo una compresión de la desigualdad salarial⁴. Resulta paradójico que la región más desigual del mundo haya estado nadando contracorriente de la marea que representa la creciente desigualdad.

Existe una gran cantidad de trabajos de investigación sobre este asunto, pero en las interpretaciones más extendidas se tiende a hacer hincapié en el papel de las políticas sociales (Lustig, López-Calva y Ortiz-Juárez, 2013; Cornia, 2014). En concreto, la región se ha visto beneficiada por el aumento de los precios de los productos básicos (lo que a su vez está relacionado con la creciente demanda de dichos productos por parte de China – Erten y Ocampo, 2013), lo que estimuló una aceleración del crecimiento económico, dado que la región se especializa en la exportación de productos minerales y agrícolas. De forma concomitante, como reacción a los costos de índole social resultantes de las políticas neoliberales emprendidas durante la década de 1990, fueron elegidos gobiernos de centroizquierda y de izquierda, que aprovecharon un mayor margen de maniobra en políticas (especialmente el incremento de los ingresos tributarios) para ampliar las políticas sociales, aumentar el salario mínimo y adoptar políticas que propiciaran una caída de la desigualdad.

Por cierto, esta explicación de la excepcional trayectoria de América Latina se ajusta a la realidad. Sin embargo, deja de lado una importante dimensión, que en el temprano estructuralismo latinoamericano se consideraba de gran valor: el papel de la composición sectorial del producto. No hay duda de que mejores políticas sociales pueden ser efectivas a la hora de reducir la desigualdad, pero sus consecuencias pueden no terminar ahí. El patrón de distribución de ingresos resultante tiende a repercutir no solamente en el crecimiento económico sino también en su composición sectorial, dado su impacto en los patrones de consumo. Por otra parte, los cambios en la composición sectorial de la producción suelen dar lugar a modificaciones en la estructura ocupacional, lo que a su vez tiene efectos sobre la distribución de puestos de trabajo y salarios. Por ende, pueden producirse nuevos cambios en la distribución de los ingresos. En algunos casos puede darse un proceso de causalidad circular y acumulativa —de acuerdo con los planteamientos formulados por Myrdal (1957)— a raíz

⁴ Por el momento, la *World Wealth and Income Database* (WID.world) —la fuente reconocida de estimaciones de la desigualdad basadas en datos tributarios— dispone de información sobre solo cinco economías latinoamericanas (Argentina, Brasil, Chile, Colombia y Uruguay).

del cual los cambios en la distribución de los ingresos y las modificaciones en la composición sectorial se refuerzan mutuamente.

Esa dinámica estructural hace posible una mejor comprensión de los factores determinantes de la desigualdad, en la que no se subestime el papel de las políticas sociales sino que se lo sitúe en un contexto más amplio. En el presente ensayo se sostiene que una comprensión más precisa de la trayectoria de la desigualdad en América Latina en los dos últimos decenios y una evaluación de las perspectivas futuras de igualdad en la región pueden verse beneficiadas por un enfoque que, siguiendo los pasos del estructuralismo latinoamericano, examine la interrelación entre la distribución de los ingresos y la heterogeneidad sectorial.

Una interpretación estructuralista de la desigualdad

En la década de 1950, durante los primeros años de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) (y de la economía del desarrollo en general), se solía pensar que la relación entre la distribución de los ingresos y el desarrollo económico se ajustaba a los planteamientos formulados por Lewis (1954). Dada la existencia en los países periféricos de una abundante mano de obra subempleada en la agricultura de subsistencia o en actividades urbanas de muy baja productividad, el crecimiento de un sector capitalista no repercutiría en los salarios reales. Por consiguiente, dicho crecimiento daba lugar a un incremento de la participación de los lucros en los ingresos —ya que aumentaba la productividad pero no los salarios— y por ende a un aumento de la desigualdad en los ingresos. Solo después de que la totalidad de la población de trabajadores subempleados quedara absorbida en el sector capitalista comenzarían a aumentar los salarios y, con el tiempo, se reduciría la desigualdad.

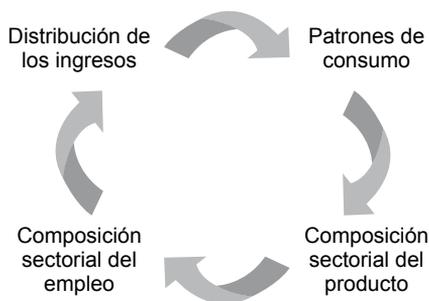
Desde un comienzo el modelo de Lewis fue objeto de diversas críticas. Sin embargo, resultó ser un punto de partida idóneo para los trabajos de Furtado (1965) de mediados de la década de 1960, que lo extendió en dos direcciones conexas. En primer lugar, consideró una representación más compleja del sector capitalista, distinguiendo entre empresas que producen bienes de consumo no duradero, bienes de consumo duradero y bienes de capital. En segundo lugar, a diferencia de Lewis, en lugar de sostener que la oferta del sector capitalista encontraría automáticamente su propia demanda, examinó las perspectivas de crecimiento de la demanda para cada tipo de bien y basó sus suposiciones sobre dicho patrón de demanda en la trayectoria de la distribución de los ingresos.

En resumen, esas extensiones permitieron agregar una nueva dimensión al análisis realizado por Lewis sobre la relación entre la distribución y la

heterogeneidad sectorial: la composición sectorial de la demanda (véase una representación esquemática en el diagrama que aparece más abajo). Según Furtado (1965, pág. 171), “surge un proceso de causalidad circular en virtud del cual los cambios en el patrón de la demanda agregada determinan los cambios en la estructura de la oferta”. Podría él haber añadido que a su vez estos últimos determinan cambios en la distribución de los ingresos, con lo que se modifica aun más la demanda agregada.

Diagrama 1

Dinámica estructural acumulativa



Fuente: Elaboración propia.

Furtado utilizó el enfoque que él mismo había elaborado para sostener que en América Latina era observable una tendencia al estancamiento. Dicha conclusión fue objeto de numerosas críticas y en general se considera errónea. Sin embargo, el proceso de causalidad circular entre la estructura de la demanda y la estructura de la oferta, que Furtado sugirió, fue adoptado incluso por sus críticos y fue objeto de mayor elaboración en una literatura interesante, si bien un poco olvidada⁵. El concepto de “estilos de desarrollo” de Pinto (1976), el modelo de espiral desigualizadora de Taylor y Bacha (1976), y el modelo de articulación y desarticulación social de de Janvry y Sadoulet (1983) pueden considerarse parte de esta tradición iniciada en 1965.

El “antimilagro económico” brasileño como ejemplo

Una gran parte del debate relativo a esta literatura se centró en el llamado milagro económico brasileño, episodio de aceleración del crecimiento que tuvo lugar entre fines de los años sesenta y principios de los setenta. En rasgos generales se interpretó como un proceso acumulativo del tipo que predecía la teoría. La dictadura militar que asumió el poder en 1964 en

⁵ Con respecto a esta literatura, véase Rodríguez (2006, cap. 7) y Rugitsky (2016).

el Brasil promovió un marcado incremento de la desigualdad al reprimir con violencia las actividades de los sindicatos y poner en práctica una política de salario mínimo que lo redujo significativamente en términos reales. Dicho aumento de la desigualdad modificó la composición del consumo, apartándolo de los bienes no duraderos que representaban la mayor parte de la canasta de consumo de la gran mayoría de la población y dirigiéndolo hacia los bienes duraderos (principalmente automóviles y artefactos eléctricos) que en ese entonces solo los grupos más pudientes se podían costear. La alteración del patrón de la demanda provocó un cambio en la composición sectorial del producto, a raíz de lo cual los sectores que producían bienes duraderos experimentaron un crecimiento más rápido que la tasa de crecimiento promedio de la economía. Por ende, aumentó la cuota de participación del empleo en esos sectores (que por lo general pagan mejores sueldos que el promedio y cuentan con un mayor porcentaje de personal de administración), lo que dio lugar a nuevos incrementos de la desigualdad. La concentración de los ingresos produjo un cambio en la composición sectorial del producto, que a su vez generó una mayor concentración, de forma acumulativa⁶.

Cabe señalar que un proceso acumulativo similar parece haber caracterizado la trayectoria reciente de la economía brasileña, lo que explica la caída observada de la desigualdad salarial que se aceleró alrededor de 2004⁷. En este caso, el salario mínimo y otras políticas sociales dieron lugar a una reducción de la desigualdad salarial (Medeiros, 2015, cap. 3). Los datos disponibles dan a entender que dicha compresión de los extremos de la distribución salarial se vio reflejada en un cambio del patrón de consumo caracterizado por una reducción de la cuota de los bienes básicos (alimentos y prendas de vestir) y de lujo (estudios en institutos educaciones privados, ocio y cultura), compensada por una expansión de la cuota de los bienes intermedios (vivienda, transporte, salud, higiene, cuidados personales y servicios personales) (Medeiros, 2015, caps. 2 y 4).

Si bien la composición sectorial del producto y del empleo se vieron ciertamente afectados no solo por la citada alteración en el patrón de consumo sino también por los cambios en la demanda extranjera (representada por el auge de los productos básicos, por ejemplo), el efecto del patrón de consumo parece haber sido significativo. La estructura salarial muestra una compresión de los extremos: los puestos de trabajo con baja

⁶ Este novedoso aporte fue realizado por Tavares y Serra (1971/1976). En el artículo —que se vio influenciado en gran medida por la obra de Pinto— se hizo una crítica de los conceptos de estancamiento formulados por Furtado.

⁷ Esta hipótesis se expone en detalle en Rugitsky (2017). Véase también Carvalho y Rugitsky (2015), Medeiros (2015) y Loureiro (2018).

remuneración (agricultura) y alta remuneración (parte de la industria manufacturera y algunos servicios) representan una cuota menor del empleo total, mientras que se creó una inmensa cantidad de puestos de trabajo que ofrecían salarios intermedios, especialmente en servicios que atendían a los segmentos más pobres de la población, así como en la construcción. Sin lugar a dudas, esa importante modificación de la estructura salarial redujo aun más la desigualdad salarial, dando nuevo impulso a la dinámica acumulativa (Carvalhoes y otros, 2014). Debido a su contraste con el proceso acumulativo que tuvo lugar hace medio siglo, el proceso actual puede tildarse de “antimilagro económico”.

Es preciso hacer un mayor trabajo de investigación para sustentar esa hipótesis. La publicación de un nuevo estudio del presupuesto familiar en el Brasil, programado para este año, puede resultar importante para examinar el cambio en los patrones de consumo. Por otra parte, es fundamental un análisis más detallado del impacto del cambio de la demanda extranjera en la composición sectorial del producto y el empleo a fin de distinguir los respectivos papeles que correspondieron al auge de los productos básicos y al proceso acumulativo en el período reciente. Además, el estudio basado en este enfoque de otros países latinoamericanos debería ser un emprendimiento prometedor. Dado que en la región están muy extendidos los debates sobre la desindustrialización prematura, el auge del sector de los servicios y la caída de la desigualdad salarial, no debería sorprender el hecho de que se detecten otras instancias del proceso acumulativo identificado en el Brasil.

Perspectivas

Suponiendo que los nuevos trabajos de investigación confirmen que dicho proceso acumulativo fue uno de los principales determinantes de la reciente trayectoria a la baja de la desigualdad en América Latina, sigue planteada la siguiente pregunta: ¿representa ese proceso una estrategia sostenible para promover la igualdad? La experiencia del Brasil parece dar a entender que no, por dos motivos, uno de índole económica y otro de índole política. El límite económico que impone el proceso acumulativo es —en pocas palabras— que tiende a agravar la limitación de la balanza de pagos sobre el crecimiento económico⁸. Al trasladar la producción hacia sectores con baja capacidad de exportar, es probable que este patrón de desarrollo reduzca la relación entre la elasticidad de ingresos de las exportaciones y la elasticidad de ingresos de las importaciones, lo que impone un límite a largo plazo sobre la tasa de crecimiento. Por ende, si no se interrumpe por algún otro motivo, el proceso acumulativo de la caída de la desigualdad y el cambio

⁸ En Thirlwall (1979) aparece una discusión sobre esta limitación externa. Este argumento ya había sido propuesto por Prebisch (1959).

en la composición sectorial del producto darán lugar, tarde o temprano, a una crisis de la balanza de pagos, viejo fantasma de los latinoamericanos.

Dicho aumento de la vulnerabilidad externa puede verse acelerado por procesos paralelos relacionados con la dinámica acumulativa. En el caso del Brasil, por ejemplo, el cambio en la composición sectorial del producto dio lugar a una aceleración de la inflación de los servicios que llevó al banco central a recurrir a la apreciación de la tasa de cambio, por lo cual los precios de los bienes comercializables compensaron los precios de los servicios, manteniendo así a la inflación promedio cerca de la meta (Brunelli, 2015; Giovannetti y Carvalho, 2015; Santos y otros, 2016). Por supuesto, la apreciación de la tasa de cambio hizo que la estructura productiva se desplazara aún más de los bienes comercializables a los no comercializables.

El límite político al proceso acumulativo tiene que ver con las expectativas no cumplidas de una movilidad social ascendente. La reducción de la desigualdad salarial, con un crecimiento de los ingresos mayor que el promedio correspondiente a los segmentos más pobres de la población, genera expectativas de movilidad ascendente para los jóvenes de esos sectores. En el caso del Brasil, hubo incluso un descenso en la tasa de participación de los jóvenes en la fuerza de trabajo, ya que —a causa de los mayores ingresos familiares— sus padres podían seguir pagándoles los estudios en vez de que los hijos tuvieran que empezar a trabajar antes de tiempo⁹. También cabe mencionar al respecto una importante ampliación del acceso a la educación superior.

Sin embargo, debido a la composición sectorial del empleo a raíz del proceso acumulativo, por lo general las expectativas de movilidad ascendente se ven frustradas. Las hijas y los hijos de los trabajadores con empleos que pagan el salario promedio no pueden encontrar puestos de trabajo que paguen más de lo que perciben sus padres, pese a su mayor nivel de instrucción. Contrariamente a lo que piensan los economistas convencionales, la graduación de ingenieros no crea automáticamente puestos de trabajo para ingenieros. Esa frustración corroe la legitimidad del proceso de desarrollo y puede causar inestabilidad social y política. La radicalización de los estudiantes de la enseñanza secundaria pública de bajos ingresos que se observa a lo largo y ancho del Brasil desde 2013 parece ser en parte consecuencia de esas expectativas no cumplidas (véase Januário y otros, 2016). No se pretende dar a entender que las limitaciones de índole económica y política mencionadas hayan causado la enorme crisis actual que interrumpió el proceso acumulativo en el Brasil, sino que el propio proceso tuvo consecuencias subyacentes que contribuyeron a la crisis.

⁹ Entre 2005 y 2012, la tasa de participación de las personas entre 15 y 24 años de edad cayó del 62% al 55,1% (Amitrano, 2015, pág. 51).

Son múltiples las implicaciones del argumento presentado en favor de una estrategia para promover la igualdad. En primer lugar, no se debería contar exclusivamente con las políticas sociales y el crecimiento económico para reducir la desigualdad, dado que el estilo de desarrollo podría hacer insostenible esa línea de acción. Es preciso combinar políticas de reducción de la desigualdad con una estrategia de transformación estructural que atenúe la vulnerabilidad externa y de forma gradual acelere la distribución salarial en su conjunto, haciendo así posible una movilidad ascendente. En segundo lugar, los límites de una estrategia focalizada en la desigualdad salarial ponen de manifiesto naturalmente la importancia de abordar la desigualdad de la riqueza. Los elevados niveles de desigualdad que se observan en América Latina no solo se deben a la dispersión de los salarios sino que se materializan en una inmensa concentración de riqueza en las manos de una minoría. Dicha concentración, en lugar de ser combatida, es favorecida por sistemas tributarios que dependen mucho de impuestos indirectos regresivos y poco de impuestos sobre los ingresos y la riqueza. No habrá reducción de la desigualdad en América Latina sin políticas sociales más amplias y mejores y sin un crecimiento económico más rápido. Pero el futuro de la igualdad en la región también depende de la transformación estructural y de las reformas tributarias.

Bibliografía

- Amitrano, C. (2015), "Liderança, dinamismo e comando: uma análise setorial do mercado formal de trabalho brasileiro", *Dinâmica macrossetorial brasileira*. G. Squeff (org.), Brasilia, Instituto de Investigación Económica Aplicada (IPEA).
- Brunelli, A. (2015), "Demand for services rendered to families in Brazil in the 2000's: an empirical analysis of consumer patterns and social expansion", *Banco Central do Brasil Working Paper Series*, N° 381.
- Carvalhoes, F. y otros (2014), "Os impactos da geração de emprego sobre as desigualdades de renda: uma análise da década de 2000", *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, vol. 29, N° 85.
- Carvalho, L. y F. Rugitsky (2015), "Growth and distribution in Brazil in the 21st century: revisiting the wage-led versus profit-led debate", *Department of Economics FEA/USP Working Paper Series*, N° 2015-25.
- Cornia, G. (2014), "Income inequality in Latin America: recent decline and prospects for its further reduction", *ECLAC Macroeconomics of Development Series*, N° 149.
- De Janvry, A. y E. Sadoulet (1983), "Social articulation as a condition for equitable growth", *Journal of Development Economics*, vol. 13, N° 3.
- Erten, B., y J. A. Ocampo (2013), "Super cycles of commodity prices since the mid-nineteenth century", *World Development*, vol. 44.
- Furtado, C. (1965), "Development and stagnation in Latin America: a structuralist approach", *Studies in Comparative International Development*, vol. 1, N° 11.

- Giovannetti, L. P. y L. Carvalho (2015), "Distribuição de renda, mudança estrutural e inflação de serviços no Brasil", documento presentado en la 43ª Reunión de la Asociación Nacional de Centros de Posgrado en Economía (ANPEC) del Brasil.
- Januário, A. y otros (2016), "As ocupações de escolas em São Paulo (2015): autoritarismo burocrático, participação democrática e novas formas de luta social", *Revista Fevereiro*, N° 9.
- Lewis, W. A. (1954), "Economic development with unlimited supplies of labour", *Manchester School of Economic and Social Studies*, vol. 22, N° 2.
- Loureiro, P. (2018), "The ebb and flow of the pink tide: reformist development strategies in Brazil and Argentina", tesis para optar al grado de doctor, Departamento de Economía, SOAS University of London.
- Lustig, N., L. Lopez-Calva y E. Ortiz-Juarez (2013), "Declining inequality in Latin America in the 2000s: the cases of Argentina, Brazil, and Mexico", *World Development*, vol. 44.
- Medeiros, C. A. de (2015), *Inserção externa, crescimento e padrões de consumo na economia brasileira*, Brasília, Instituto de Investigación Económica Aplicada (IPEA).
- Myrdal, G. (1957), *Economic Theory and Under-Developed Regions*, Londres, University Paperbacks.
- Palma, J. G. (2011), "Homogeneous middles vs. heterogeneous tails, and the end of the 'inverted-U': it's all about the share of the rich", *Development and Change*, vol. 42, N° 1.
- Piketty, T. (2014), *Capital in the Twenty-First Century*, Cambridge, Harvard University Press.
- Pinto, A. (1976), "Notas sobre estilos de desarrollo en América Latina", *Revista de la CEPAL*, N° 1, Santiago, Comisión Económica para América Latina y El Caribe (CEPAL), junio.
- Prebisch, R. (1959), "Commercial policy in the underdeveloped countries", *American Economic Review*, vol. 49, N° 2.
- Rodríguez, O. (2006), *El estructuralismo latinoamericano*, Ciudad de México, Siglo XXI/Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).
- Rugitsky, F. (2017), "The rise and fall of the Brazilian economy (2004-2015): the economic antimiracle", *Department of Economics FEA/USP Working Paper Series*, N° 2017-29.
- (2016), "Growth, distribution, and sectoral heterogeneity: reading the Kaleckians in Latin America", *Economía*, vol. 17, N° 3.
- Santos, C. H. dos y otros (2016), "A natureza da inflação de serviços no Brasil: 1999-2014", *IPEA Texto para Discussão*, N° 2169.
- Tavares, M. C. y J. Serra (1971/1976), "Além da estagnação", *Da substituição de importações ao capitalismo financeiro: ensaios sobre economia brasileira*, M. C. Tavares, Ed. Rio de Janeiro, Zahar.
- Taylor, L. y E. Bacha (1976), "The unequalizing spiral: a first growth model for Belindia", *Quarterly Journal of Economics*, vol. 90, 2.
- Thirlwall, A. (1979), "The balance of payments constraint as an explanation of international growth rate differences", *Banca Nazionale del Lavoro Quarterly Review*, vol. 32, N° 128.

Con motivo del septuagésimo aniversario de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), celebrado en 2018, este organismo, junto con *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur y el portal informativo Noticias de América Latina y el Caribe (NODAL), convocaron a jóvenes de hasta 35 años de edad a participar en el Concurso Internacional de Ensayo Breve: el Futuro de la Igualdad en América Latina y el Caribe.

Un jurado conformado por expertos de las tres entidades organizadoras evaluó los trabajos presentados —sin conocer el nombre de los autores—, después de lo cual seleccionó dos ensayos como ganadores y decidió conceder cinco menciones honoríficas. Esta publicación reúne los siete trabajos destacados.